

LA APARICIÓN DE LA CHONTALPA



SALVADOR RANGEL ABUD

LA APARICIÓN DE LA CHONTALPA

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

En los albores del siglo veintiuno, cuando México gemía bajo el yugo de los neoliberales, los fifís y los conservadores, en los húmedos y gloriosos pantanos de la Chontalpa tabasqueña se produjo el acontecimiento más portentoso de la historia patria desde la Independencia, la Reforma y la Revolución juntas. Un político de baja ralea conocido como Andrés de la Chontalpa recibió la visita del Santo de la Transformación, entidad luminosa que olía a petróleo crudo y atole de guayaba, quien le reveló su misión sagrada y estampó en su guayabera la imagen de tres sapos como prueba del prodigio.

Lo que siguió fue la más extraordinaria gesta política, espiritual y televisiva que México haya presenciado: veinte años de peregrinación hacia el poder, tres derrotas gloriosas, un plantón histórico en el Paseo de la Reforma, y finalmente el advenimiento de la Cuarta Transformación, llamada así porque sus fundadores no recordaban bien cuáles habían sido las tres anteriores.

Narrada por un cronista anónimo con hemimelia a partir de testimonios de devotos invidentes y sordos fervorosos, con el rigor del Nican Mopohua y la ecuanimidad del que ha visto demasiado para sorprenderse de nada, esta novela crónica es a la vez una parodia elegante del milagro guadalupano, una radiografía irónica del populismo mexicano contemporáneo, y un retrato coral de un pueblo que lleva quinientos años esperando que alguien llegue a salvarlo y que, mientras espera, sigue contando sus muertos con la paciencia resignada del contador que revisa su libro de cuentas.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene ironía en dosis que pueden resultar letales para el lector que no esté vacunado contra ella. Contiene también referencias a hechos históricos recientes que algunos lectores reconocerán con incomodidad y otros con alivio, dependiendo del porcentaje de escepticismo que mantengan respecto a la fe transformadora. El cronista anónimo no se hace responsable de las coincidencias con personas vivas, instituciones existentes o desastres documentados. Cualquier parecido con la realidad es, naturalmente, un milagro del Santo de la Transformación, del cual no puede hacerse responsable.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Originario de Xalapa, Veracruz, ha publicado más de ciento cincuenta novelas en las que la historia, la política y la condición

humana se encuentran con la misma puntualidad con que los sapos aparecen en los pantanos de la Chontalpa: sin anunciarse, sin disculparse, y con una insistencia que el tiempo termina por justificar.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: La aparición de la Chontalpa. O de cómo el Santo de la Transformación reveló su voluntad al bendito Andrés y cómo el pueblo bueno recibió su gracia

Subtítulo: Novela crónica

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela histórico-satírica / Crónica paródica

Extensión: Prólogo + 10 capítulos + Epílogo

País: México

Correo de contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de la indignación y se escribió con ironía, que es la única alquimia que convierte el agravio en literatura sin perder la dignidad en el proceso. No es un panfleto: los panfletos gritan y las buenas novelas susurran, y lo que se susurra se recuerda más tiempo. Está escrita para los lectores cultos que encontrarán en cada página las capas que el cronista anónimo sembró con premeditación; y también, paradójicamente, para los que no las encontrarán, que la leerán como crónica y la compartirán como verdad, cumpliendo así, sin saberlo, la función más antigua de la sátira: circular entre los que la producen y los que la padecen sin que estos últimos se den cuenta de cuál de los dos son.

El cronista anónimo existe. El Santo de la Transformación también, a su manera. Los sapos, desde luego, existen y seguirán cantando cuando todo lo demás haya pasado. El autor los escucha desde Xalapa con la atención del que sabe que los anfibios nunca mienten.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo licencia **Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)**.

Se permite la reproducción y distribución no comercial citando al autor. No se permite la modificación ni el uso comercial sin autorización expresa.

PALABRAS CLAVE

Sátira política mexicana · Parodia guadalupana · Cuarta Transformación · Populismo · Novela crónica · Ironía literaria · Historia reciente de México ·

TEMAS PRINCIPALES

Fe y poder: La construcción del liderazgo mesiánico como sistema de creencias con sus propios rituales, mártires, apóstoles y herejías, y la frontera difusa entre convicción genuina y manipulación política.

La arquitectura del discurso populista: El agravio como combustible, el enemigo como argumento, la circularidad lógica como método, y el pueblo como destinatario y rehén simultáneo del proyecto.

Instituciones y su fragilidad: La paradoja de destruir en una noche lo que tardó décadas en construirse, y el tiempo humano que se pierde mientras los escombros esperan convertirse en edificios nuevos.

El pueblo bueno y su paciencia: El retrato coral de los que esperan en la silla del banco, en la banqueta de la farmacia, en la plaza del mitin, con la resignación de los que han aprendido que el destino llega aunque uno no se apresure.

La persistencia de los sapos: Como símbolo de lo que sobrevive a los redentores, los movimientos y las transformaciones: la naturaleza, el pantano, y la verdad que no necesita discurso para existir.

CITAS DESTACADAS

«El Santo sonrió con la sonrisa de quien conoce la respuesta pero sabe que la respuesta es menos importante que la pregunta, porque la pregunta es la que moviliza y la respuesta es la que decepciona.»

«Cuarenta y cuatro muertos esta semana. Treinta y ocho la anterior. Cifras que el gobierno de la Cuarta Transformación nos sirve cada mañana junto con el café y la conferencia de prensa matutina.»

«La biología no negocia calendarios.»

«El tren no se descarriló. El tren experimentó una desviación no programada de su trayectoria nominal.»

«De cantar no se vive.»

«Los sapos siguen cantando en el pantano como si nada, que es quizás la señal más honesta de todas: que el mundo sigue, con o sin transformación, con o sin redentor, con o sin guayabera.»

COMPARACIONES LITERARIAS

Jorge Ibargüengoitia — En el registro de la ironía elegante que desnuda el poder sin perder la compostura, en el retrato de la solemnidad oficial como comedia involuntaria, y en la verdad que aparece siempre en boca de los

personajes secundarios mientras los importantes siguen hablando de procesos de consolidación.

El Nican Mopohua — Como estructura parodiada: el mensajero humilde, la aparición luminosa, la tilma como prueba del milagro, los incrédulos que piden evidencia científica de lo que es, por definición, materia de fe.

Gabriel García Márquez — En el uso del realismo maravilloso invertido: aquí no es la realidad ordinaria la que se vuelve mágica, sino el milagro político el que se vuelve, bajo la lupa del cronista, perfectamente ordinario.

Carlos Monsiváis — En la crónica como género literario mayor, en la ciudad y sus personajes como protagonistas colectivos, y en la ironía como instrumento de análisis político de primer orden.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. ¿En qué momento de la lectura el lector deja de reírse y empieza a incomodarse? ¿Qué provoca ese desplazamiento?
 2. El cronista anónimo mantiene una neutralidad irónica a lo largo de toda la novela. ¿En qué momentos se quiebra esa neutralidad, y qué revela esa grieta sobre el verdadero punto de vista de la obra?
 3. Los personajes secundarios — doña Enriqueta, don Heriberto, la señora Refugio, el señor del sombrero, doña Celestina — dicen en una línea lo que el cronista tarda páginas en rodear. ¿Qué función narrativa cumplen estos personajes en la arquitectura de la novela?
 4. La parodia del Nican Mopohua funciona en dos niveles: para los lectores que conocen el texto original y para los que no. ¿Cómo cambia la lectura según el nivel de conocimiento del lector?
 5. El Santo de la Transformación desaparece siempre antes de las preguntas difíciles. ¿Qué dice esto sobre la naturaleza del poder que representa?
 6. ¿Es esta novela una crítica al movimiento transformador, al pueblo que lo eligió, o a ambos por igual? ¿Qué evidencia textual sostiene cada interpretación?
 7. Los sapos aparecen en cada capítulo como contrapunto. ¿Qué representan exactamente, y por qué el cronista elige cerrar la novela con ellos en lugar de con Andrés, la sucesora o el pueblo?
-

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de cien novelas publicadas, entre las que destacan proyectos de largo aliento como *El último rojo del Soviet*, *Una España siempre en llamas*, *Las voces de la razón*, *La república que pudo haberse sembrado* y *Esto es lo que hicimos de México*, entre otras obras que exploran la historia, la política y la condición humana desde la perspectiva del escritor que también es médico: con diagnóstico preciso, sin anestesia

innecesaria, y con el respeto que merece el paciente aunque el pronóstico sea difícil.

MENSAJE FINAL

Esta novela termina con frijoles y sapos, que es quizás la combinación más honesta con la que puede terminar cualquier historia sobre México: lo que alimenta de verdad y lo que canta sin pedir nada a cambio. El cronista anónimo entrega estas páginas al lector con la confianza de que cada quien encontrará en ellas lo que vino a buscar, y con la sospecha de que lo que vino a buscar y lo que encontrará no serán exactamente la misma cosa, que es también la definición más precisa de la buena literatura.

El pueblo pone. El pueblo quita.

Recuérdenlo bien.

ÍNDICE

Advertencia del cronista

Prólogo:	La profecía de los pantanos
Capítulo I:	El elegido antes de ser elegido
Capítulo II:	La aparición en los pantanos
Capítulo III:	La tilma de los sapos y los primeros incrédulos
Capítulo IV:	Las tres derrotas gloriosas
Capítulo V:	El evangelio de las mañaneras
Capítulo VI:	Los milagros del bienestar
Capítulo VII:	El abrazo sagrado y la doctrina de la paz armada
Capítulo VIII:	La destrucción del templo y la construcción del nuevo
Capítulo IX:	La sucesora y el segundo misterio
Capítulo X:	La caterva de los apóstoles y sus obras
Epílogo:	Lo que las ramas saben

LA APARICIÓN DE LA CHONTALPA

O de cómo el Santo de la Transformación reveló su voluntad al bendito Andrés y cómo el pueblo bueno recibió su gracia

Novela crónica

(Transcrita a mano fielmente, por un cronista anónimo con hemimelia a partir de testimonios recogidos entre los devotos invidentes que vieron todo desde el principio, y otros sordos que juraron escuchar de parte de la comunidad muda, las referencias sobre el caso)

Por cierto...El cronista que suscribe estas páginas no es responsable de las coincidencias con personas vivas, instituciones existentes o desastres documentados. Cualquier parecido con la realidad es, naturalmente, un milagro del santo de la transformación del cual no puede hacerse responsable.

PRÓLOGO

La profecía de los pantanos

Chontalpa, Tabasco. Tiempos inmemoriales o quizás 1953

Hay lugares en el mundo que parecen destinados, desde su propia geografía, a producir profetas. La Arabia del desierto infinito, la India del Ganges sagrado, la Galilea de los pescadores contemplativos. México, que en materia

de apariciones y prodigios no le debe nada a ninguna civilización de la tierra, tiene los suyos: el Tepeyac, el cerro del Cubilete, las apariciones esporádicas de vírgenes en tortillas de maíz que de vez en cuando iluminan los noticiarios nocturnos.

Pero entre todos los lugares sagrados que este país ha producido a lo largo de su historia convulsa y fértil, ninguno reúne con tanta abundancia los elementos propicios para el milagro como los pantanos de la Chontalpa tabasqueña.

Conviene que el lector los conozca antes de adentrarse en esta crónica, porque sin entender el paisaje no se entiende el prodigio, y sin entender el prodigio no se entiende nada de lo que vino después.

La Chontalpa es una región del occidente de Tabasco que la naturaleza dotó con generosidad extravagante de todo aquello que en otros climas escasea: agua, calor, humedad, moscos, vegetación exuberante y una luz que a ciertas horas del día adquiere la densidad dorada del aceite.

Bajo esa tierra, con la discreción de las grandes fortunas, duermen reservas de petróleo que durante décadas alimentaron la prosperidad de otros y la frustración de los lugareños, convirtiendo a la región en ese tipo de lugar rico que tiene la extraña particularidad de estar habitado por gente pobre.

Esta contradicción, que en otros contextos habría producido economistas, en la Chontalpa produjo algo menos útil: políticos.

El clima contribuye a forjar el carácter. Quien ha pasado un verano en la Chontalpa —y el cronista que suscribe estas páginas se abstiene de confesar si lo ha hecho o no, por razones de salud mental— comprende que la naturaleza humana, sometida a temperaturas que alcanzan los cuarenta grados con una humedad que convierte el aire en algo más cercano al caldo que al gas, tiende a desarrollar ciertas cualidades específicas: la resistencia estoica ante la adversidad, la habilidad para dormir en cualquier posición y circunstancia, una relación con la verdad más flexible que la de los habitantes de climas fríos, y una elocuencia natural que compensa con palabras lo que el entorno niega en comodidades.

No es casualidad que de esta tierra hayan salido, a lo largo de los siglos, oradores notables, narradores de historias extraordinarias y, según se narra en esta crónica, al menos un redentor.

Los chontales, pueblo originario que da nombre a la región, desarrollaron una cosmología refinada en la que los pantanos ocupaban un lugar central. Para ellos, las aguas estancadas no eran un accidente geográfico sino un umbral: el espacio liminal donde el mundo de los vivos y el de las entidades superiores se rozaban con la familiaridad de vecinos que comparten una barda.

Las ranas y los sapos —animales que transitan entre el agua y la tierra, entre lo acuático y lo terrestre, entre lo que se ve y lo que se oculta— eran considerados mensajeros de esas entidades, intérpretes del lenguaje que los

hombres habían olvidado pero que la noche húmeda todavía susurraba a quien tuviera el oído suficientemente fino, o suficientemente desesperado.

Esta cosmovisión, que los cronistas coloniales registraron con la mezcla de fascinación y condescendencia que caracterizaba su oficio, sobrevivió bajo diversas formas a la conquista, la evangelización, la independencia, la reforma, la revolución y todas las transformaciones que vinieron después.

Los chontales modernos la practican con discreción, que es la forma más inteligente de practicar cualquier religión. Y fue precisamente en ese substrato antiguo y pantanoso donde, según los testimonios que el cronista ha recogido con paciencia de arqueólogo y escepticismo de médico forense, germinó la profecía.

La profecía, como todas las profecías que se respetan, no tiene fecha de origen precisa. Algunos devotos la atribuyen a un anciano chontal de nombre impronunciable que la habría enunciado en el siglo dieciocho. Otros la sitúan a principios del veinte, durante uno de esos períodos de agitación agraria en que los campesinos, hartos de esperar que el gobierno los recordara, optaban por inventarse sus propias esperanzas.

Los más pragmáticos de los informantes del cronista sugieren que la profecía fue formulada aproximadamente en 1953, año que coincide, con una precisión que el lector advertirá significativa, con ciertos nacimientos importantes en la región.

El cronista, que ha aprendido a no contradecir a sus fuentes cuando coinciden en algo tan específico como una fecha, la registra sin pronunciarse sobre su veracidad, que para eso tiene la advertencia preliminar de estas páginas.

La profecía, en cualquier caso, decía lo siguiente, o algo muy parecido a lo siguiente, dependiendo de a quién se le preguntara:

“Vendrá de las aguas más turbias, un hombre que hablará sin parar. Hablará al amanecer y al mediodía y también al atardecer. Hablará de los pobres con la pasión del que nunca ha sido pobre del todo. Prometerá el cielo en la tierra y la tierra en el cielo y la construcción de ambos con presupuesto federal. Los sapos de los pantanos marcarán su guayabera como señal de su elección, y quien vea la señal y no la reconozca será llamado conservador, que es el nombre moderno del condenado. Y el pueblo bueno, que lleva quinientos años esperando que alguien llegue a salvarlo, lo recibirá con los brazos abiertos porque a esas alturas ya estaba dispuesto a recibir con los brazos abiertos a cualquiera que llegara con suficiente convicción y sin cobrar la entrada”

El cronista transcribe esta profecía con la fidelidad que su oficio le exige y con la distancia que su salud le recomienda. No es su función juzgar si los hechos que narra en las páginas siguientes constituyen el cumplimiento de aquella antigua predicción o simplemente una serie de coincidencias que la devoción de los creyentes organizó retroactivamente en un relato coherente, operación que, dicho sea de paso, es también la definición técnica de la política.

Lo que sí puede afirmar el cronista, con la autoridad de quien ha revisado los testimonios disponibles, es que la tierra de la Chontalpa estaba lista. Llevaba siglos lista. Lista con esa paciencia densa y húmeda de los pantanos, que no se impacientan porque saben que tarde o temprano todo lo que existe acaba hundiéndose en ellos.

Y en ese paisaje de agua quieta y calor perpetuo y sapos que cantaban sus liturgias nocturnas sin que nadie les pidiera permiso ni les exigiera resultados, nació el hombre cuya historia se narra en estas páginas.

Nació, creció, aprendió a hablar antes que a caminar —lo cual, según sus vecinos, explicaría mucho— y desarrolló desde muy temprano esa convicción serena y total en su propio destino que los psicólogos llaman, según el caso, visión de liderazgo o delirio de grandeza, y que en política, con frecuencia desconcertante, resulta ser exactamente lo mismo.

El cronista, que tiene el deber de la imparcialidad y el vicio de la curiosidad, ha visitado la región, ha conversado con sus habitantes, ha bebido su agua —con las precauciones sanitarias del caso— y ha llegado a una conclusión que comparte con el lector antes de que este se adentre en la historia:

Hay algo en ese paisaje, en esa mezcla de abundancia subterránea y escasez cotidiana, de calor aplastante y belleza vegetal, de aguas quietas que ocultan profundidades, que produce en quienes nacen en él una certeza particular.

La certeza de que el mundo está mal hecho. De que alguien tiene la culpa. Y de que ese alguien, con un poco de organización y mucha elocuencia, puede ser señalado públicamente todos los días durante seis años sin que nadie se canse del espectáculo.

Esa certeza, en la tierra correcta y en el momento preciso de la historia, puede mover montañas. O al menos, como veremos en las páginas siguientes, puede mover votos. Que en la teología transformadora viene a ser lo mismo.

Que el lector juzgue. Que los sapos sigan cantando. Y que el Santo de la Transformación, desde donde quiera que los santos residan cuando no están apareciendo en los pantanos, tenga a bien iluminar estas páginas con la misma gracia con que iluminó, en una madrugada húmeda y profética, la guayabera de su elegido.

Amén de la Transformación.

El Cronista Anónimo

Lugar y fecha reservados por razones que el lector, llegado cierto capítulo, comprenderá perfectamente

CAPÍTULO I

El elegido antes de ser elegido

Macuspana, Tabasco. Décadas de formación del alma redentora

Toda alma grande necesita una infancia que la justifique. Los evangelios lo saben, las hagiografías lo saben, y los equipos de comunicación política lo saben mejor que nadie. Sin una niñez de privaciones ejemplares, sin un origen humilde que contraste dramáticamente con la grandeza posterior, el redentor pierde la mitad de su encanto y casi toda su retórica. Por fortuna para Andrés de la Chontalpa, y por extensión para todos los que vivimos lo que vino después, su infancia reunió los elementos necesarios con una generosidad que habría emocionado a cualquier biógrafo oficial.

Nació en Macuspana, municipio del occidente tabasqueño cuyo nombre, de origen chontal, significa aproximadamente «lugar donde el agua no sabe a dónde ir», descripción que el cronista encuentra metafóricamente pertinente para un hombre que pasaría décadas tratando de convencer al país de que sabía exactamente hacia dónde debían ir todas las cosas, incluida el agua. Era el segundo de varios hermanos en una familia de maestros rurales, condición que en el México de mediados del siglo veinte equivalía a pertenecer a una aristocracia de la escasez: personas con suficiente educación para saber lo que les faltaba y suficiente vocación para resignarse a que les faltara por mucho tiempo.

La madre era el personaje central de la casa, como suele ocurrir en las casas donde el padre es serio y trabajador, virtudes que en la práctica doméstica producen ausencia más que presencia. Ella tenía la energía de las mujeres que habrían gobernado imperios si el siglo y la geografía se lo hubieran permitido, y la redirigió, con los recursos disponibles, hacia la formación de sus hijos. Sus conversaciones matutinas con el joven Andrés, reconstruidas por el cronista a partir de los testimonios de los hermanos menores que las escuchaban desde la otra habitación con el interés involuntario de los que no tienen nada mejor que hacer a las seis de la mañana, seguían un patrón consistente.

—¿Sabes quiénes se llevan el petróleo de Tabasco? —preguntaba ella, sirviendo el café con el automatismo de quien hace dos cosas a la vez desde hace tanto tiempo que ya no distingue cuál es la principal.

—Los ricos —respondía Andrés, que había aprendido la respuesta correcta con la rapidez de los alumnos aplicados.

—Los ricos de la capital. Que nunca han pisado un pantano ni saben lo que es el calor de verdad. ¿Y a nosotros qué nos dejan?

Andrés consideraba la pregunta con la seriedad de sus ocho años.

—El calor —decía finalmente.

Su madre lo miraba un momento y luego se reía, que era su manera de confirmar que la respuesta, aunque incompleta, tenía el mérito de la honestidad.

—El calor y la injusticia —corregía—. No lo olvides.

Andrés no lo olvidó. El cronista puede confirmar esto con certeza documental.

En la escuela, su maestro de cuarto año, don Everardo Mishán, hombre de paciencia probada por décadas de enseñanza rural y de cejas permanentemente levantadas en un gesto que sus alumnos interpretaban como interés pedagógico y que el cronista, habiendo revisado su fotografía disponible en el archivo municipal de Macuspana, interpreta más bien como resignación crónica, recordaba al joven Andrés con la ambivalencia de los maestros que forman a alguien que luego no saben si agradecer haber formado.

—Era listo —le dijo don Everardo al cronista, en una entrevista realizada cuando el maestro tenía ochenta y cuatro años y una memoria selectiva pero precisa en los detalles que le interesaban—. Listo y preguntón. Pero sus preguntas no eran para saber. Eran para hablar.

—¿Cómo así?

—Preguntaba y antes de que yo terminara de responder ya estaba él respondiendo. Una vez le pregunté sobre la Revolución Mexicana. Habló cuarenta minutos.

—¿Cuarenta minutos un niño de diez años?

Don Everardo asintió con la expresión del que ha tenido mucho tiempo para procesar un recuerdo y ha llegado a la conclusión de que el asombro ya no le alcanza.

—Cuarenta minutos. Habló de Zapata, de Villa, de los hacendados, de su tío que tenía un problema con el ejido, de por qué México nunca había tenido un gobierno bueno de verdad, y de lo que había que hacer para que lo hubiera. Yo tenía otro grupo esperando afuera. Le dije: Andrés, ya. Y él me dijo: maestro, es que todavía no termino.

—¿Y qué hizo usted?

—Me senté —dijo don Everardo— y esperé a que terminara. ¿Qué iba a hacer?

El cronista anota este episodio no como anécdota sino como metodología: don Everardo fue el primero de una larga serie de personas que se sentaron a esperar que Andrés terminara, serie que con el tiempo incluiría a gabinetes completos, cuerpos legislativos, delegaciones diplomáticas y la totalidad del pueblo mexicano durante seis años consecutivos.

La universidad llegó después de la preparatoria, y con ella la Ciudad de México, que recibió al joven Andrés con la indiferencia que dispensa a todos los que llegan de provincia convencidos de que traen algo que la capital necesita. Estudió ciencias políticas con el método que ya había perfeccionado en Macuspana: aprendiendo lo que confirmaba sus convicciones y archivando con elegancia lo que las contradecía. Conoció el marxismo, que le dio vocabulario. Conoció el nacionalismo revolucionario, que le dio genealogía. Conoció la izquierda universitaria, que le dio el auditorio de práctica que todo predicador necesita antes de los auditorios grandes.

En una asamblea estudiantil de su primer año, un compañero de nombre Leopoldo, que estudiaba economía y tenía la costumbre irritante de pedir evidencia para las afirmaciones, le preguntó:

—Oye, dices que el neoliberalismo destruyó México. ¿Desde cuándo?

—Desde siempre —respondió Andrés.

—El neoliberalismo como política económica tiene fecha de inicio. En México se puede ubicar aproximadamente en los ochenta. ¿Qué pasó antes de los ochenta?

—Antes de los ochenta había otro tipo de destrucción —respondió Andrés sin pausar—. La destrucción del sistema que entregó el país a los intereses de los poderosos desde la Colonia. El neoliberalismo es solo el nombre más reciente de un proceso de quinientos años.

Leopoldo lo miró con la expresión del que ha presentado un argumento técnico y ha recibido en cambio una narrativa épica.

—Eso no responde mi pregunta.

—Sí la responde —dijo Andrés—. Lo que pasa es que tu pregunta es demasiado pequeña para la respuesta.

Leopoldo guardó silencio. No porque estuviera convencido, sino porque había descubierto algo que el cronista considera uno de los principios fundamentales del fenómeno transformador: con Andrés de la Chontalpa, el debate técnico siempre perdía ante el relato histórico, no porque el relato histórico tuviera razón, sino porque era más grande, más emocionante y más difícil de refutar en el tiempo disponible de una asamblea estudiantil.

Los años universitarios también produjeron los primeros seguidores formales. Un grupo de estudiantes que encontraban en las palabras de Andrés algo que los libros de texto no les proporcionaban: la certeza. Los libros de texto ofrecían análisis, matices, múltiples interpretaciones del mismo fenómeno histórico. Andrés ofrecía la versión correcta, narrada con la convicción del que no considera necesario presentar las otras versiones porque las otras versiones son, por definición, las del conservadurismo.

—¿Por qué siempre dices que los que no están de acuerdo son conservadores?

—le preguntó una estudiante de nombre Clara, en uno de esos momentos de franqueza que producen las madrugadas de campaña cuando el café ya no alcanza y el cansancio baja las defensas.

Andrés la miró con la paciencia del maestro ante la pregunta que esperaba.

—Porque lo son —dijo.

—Pero hay gente que tiene argumentos diferentes a los tuyos y no es conservadora. Son de izquierda también, solo que piensan diferente.

—La izquierda que piensa diferente a como hay que pensar —respondió Andrés, con una serenidad que Clara encontró más perturbadora que la agresividad— se convierte en el instrumento del conservadurismo aunque no

lo sepa. El conservadurismo es listo. Infiltra. Confunde. Por eso hay que tener claridad.

—¿Y quién define qué es la claridad?

—El pueblo —dijo Andrés.

—¿Y quién habla por el pueblo?

Andrés sonrió. Era, según Clara, que narró este episodio al cronista décadas después con una mezcla de afecto y desconcierto que el tiempo no había resuelto, la sonrisa de alguien que conoce la respuesta pero prefiere que el interlocutor llegue a ella solo.

—Esa —dijo— es la pregunta correcta.

Clara tardó varios años en entender que la respuesta implícita era él mismo, y varios más en decidir qué hacer con esa comprensión. El cronista no la juzga: la velocidad a la que se entienden ciertas cosas depende de cuánto se quiere entenderlas, y hay entendimientos que es más cómodo postergar.

Regresó a Tabasco sin título concluido pero con la narrativa perfectamente destilada y los primeros seguidores reclutados, equipaje invisible pero más útil que cualquier diploma para lo que tenía en mente. Volvió a los pantanos, a las colonias, a los ejidos, a los mercados, y comenzó a hablar con la regularidad del fenómeno natural que no necesita convocatoria porque simplemente ocurre.

En uno de esos primeros mítines tabasqueños, un señor de sombrero y botas que había llegado porque el camión que lo llevaba a casa pasaba por ahí y le daba curiosidad el ruido, se quedó escuchando veinte minutos y luego le preguntó a su vecino de fila:

—¿Y este cuándo para?

—No sé —respondió el vecino, que llevaba ahí desde el principio—. Pero dice cosas interesantes.

—¿Cómo qué?

—Que todo va a cambiar.

El señor del sombrero consideró esto.

—¿Cuándo?

—Cuando gane.

—¿Y cuándo va a ganar?

El vecino se encogió de hombros con la filosofía del que ha aprendido a vivir con las preguntas sin respuesta.

—Dice que el pueblo lo va a llevar.

El señor del sombrero miró al hombre que hablaba desde el improvisado estrado, luego miró a la gente que lo escuchaba, luego miró el cielo de Tabasco que a esa hora tenía el color específico del atardecer sobre los pantanos, ese naranja denso que parece pintado por alguien que no conoce la moderación.

—Bueno —dijo finalmente, acomodándose el sombrero—. Mientras no llueva. Y se quedó otros cuarenta minutos, que es como empiezan todas las devociones que duran: no con una revelación sino con la ausencia de algo mejor que hacer y el clima suficientemente tolerable para quedarse.

CAPÍTULO II

La aparición en los pantanos

Los pantanos de la Chontalpa. Una madrugada húmeda y profética

El cronista debe advertir, antes de narrar los hechos que siguen, que los testimonios sobre la aparición son numerosos, entusiastas y extraordinariamente contradictorios en sus detalles, lo cual es, como cualquier estudioso de las revelaciones místicas sabe, la prueba más confiable de su autenticidad. Los milagros bien documentados despiertan sospechas. Los que nadie puede narrar dos veces de la misma manera tienen la textura inconfundible de lo verdadero.

Lo que todas las versiones coinciden en señalar es esto: era una noche de octubre, el calor era el de siempre, y Andrés de la Chontalpa regresaba solo por el camino de terracería que bordea los pantanos al poniente de Macuspana, después de un mitin en el que había prometido, según sus propias notas recuperadas por el cronista con esfuerzo considerable, la construcción de un puente, la pavimentación de tres calles, la solución definitiva al problema del agua potable, la erradicación de la pobreza en el municipio y, en un momento de particular inspiración hacia el final del discurso, la transformación completa de la vida pública nacional. Era un programa ambicioso para una noche de semana, pero Andrés de la Chontalpa había aprendido que la ambición de las promesas es inversamente proporcional al costo político de incumplirlas, siempre que entre la promesa y el incumplimiento medie el tiempo suficiente para que el auditorio haya olvidado los detalles.

Caminaba, pues, por ese sendero que los lugareños conocen y los foráneos evitan, bordeado de vegetación densa y de ese silencio pantanoso que no es silencio en realidad sino una superposición de sonidos animales, el canto de los grillos sobre el croar de las ranas sobre el chapoteo ocasional de algo que es mejor no identificar. La luna, que esa noche había decidido colaborar con la atmósfera profética del momento, iluminaba el camino con esa luz plateada que en las novelas románticas inspira amor y en los pantanos tabasqueños inspira principalmente el deseo de llegar a casa cuanto antes.

Fue entonces cuando los sapos cantaron.

No es que los sapos no cantaran habitualmente: los sapos de la Chontalpa son criaturas de hábitos vocales consistentes y no necesitan ocasiones especiales para ejercerlos. Pero esta vez, según todos los testigos de la tradición oral, el canto fue diferente. Más coordinado. Más insistente. Con esa cadencia rítmica que distingue el ruido de la música y la música de la revelación. Andrés de la

Chontalpa se detuvo. Y en ese instante de quietud, en esa pausa entre un paso y el siguiente, entre lo que había sido y lo que estaba a punto de ser, apareció el Santo de la Transformación.

La figura que se presentó ante él en el borde del pantano era luminosa sin ser cegadora, solemne sin ser amenazante, y emanaba ese tipo de autoridad que no requiere credenciales porque las credenciales son, para las entidades superiores, un trámite burocrático de los que ya tuvieron suficiente en vida. Olía, según la descripción más citada entre los devotos, a una mezcla inconfundible de petróleo crudo, tierra mojada y algo que varios testimonios independientes identifican como atole de guayaba, aunque el cronista sospecha que este último elemento fue añadido por los devotos del sur del estado, donde el atole de guayaba tiene connotaciones casi tan sagradas como la aparición misma.

Habló con el acento del sureste, que tiene esa musicalidad ondulante de los ríos amplios, y sus primeras palabras fueron, según la versión más aceptada por los especialistas en el tema, las siguientes:

—Andrés —dijo el Santo, con la familiaridad de quien lleva mucho tiempo observando a alguien antes de presentarse—, el pueblo bueno lleva quinientos años esperando. Ya es tiempo.

Andrés de la Chontalpa, que era hombre práctico además de visionario, respondió con la pregunta que cualquier político experimentado habría formulado en su lugar:

—¿Esperando qué, exactamente?

El Santo sonrió. Era, según los devotos que han intentado describir esa sonrisa, la sonrisa de quien conoce la respuesta pero sabe que la respuesta es menos importante que la pregunta, porque la pregunta es la que moviliza y la respuesta es la que decepciona. Con la sabiduría de las entidades que han trascendido los ciclos electorales, respondió:

—Esperando a alguien que les diga que ya basta.

Andrés consideró esto. Era, reconoció para sí mismo en ese instante pantanoso e iluminado, una plataforma política de una sencillez admirable. No requería programa de gobierno detallado. No exigía propuestas técnicas verificables. No demandaba el tipo de especificidad que luego los periodistas inconvenientes usaban para preguntar sobre el avance. Bastaba con la indignación correctamente envasada, con la promesa de que las cosas serían diferentes sin especificar en qué dirección, y con la identificación del enemigo que había provocado los quinientos años de espera, operación esta última que resultaba sencilla porque los candidatos al papel de enemigo eran abundantes y renovables.

—¿Y cómo sabrán que soy yo? —preguntó Andrés, que tenía el instinto de los comunicadores natos para anticipar las objeciones del auditorio.

El Santo no respondió con palabras. Extendió lo que en otro ser habría sido una mano y en él era algo más difícil de clasificar, y del pantano surgieron,

con la dignidad solemne de quienes cumplen una función cósmica desde hace siglos sin que nadie les agradezca suficientemente, tres sapos de tamaño considerable. Se posaron sobre la guayabera de Andrés con la precisión de quien conoce el lugar que le corresponde, y al desprenderse, dejaron en la tela blanca una imagen que los devotos describen como perfecta y los escépticos describen como lo que producen inevitablemente tres sapos sobre una tela blanca en una noche húmeda, descripción esta última que el cronista registra sin tomar partido, porque para eso están los lectores.

—Esto —dijo el Santo— es tu tilma. El que la vea y no la reconozca, que se busque otro redentor.

Andrés miró la guayabera. Miró el pantano. Miró al Santo, que comenzaba a disolverse en la luz con esa elegancia de las apariciones que saben cuándo ha llegado el momento de retirarse para no arruinar el efecto. Y antes de que la figura desapareciera completamente, formuló la pregunta que sus biógrafos más devotos citan como prueba de su practicidad admirable y sus biógrafos más escépticos citan como prueba de exactamente lo mismo:

—¿Habrá financiamiento?

El Santo, ya casi invisible, respondió desde algún lugar entre el pantano y la eternidad:

—El pueblo es tu financiamiento.

Lo cual, como Andrés descubriría en los años siguientes, era simultáneamente la respuesta más inspiradora y la más imprecisa que alguien le había dado en toda su vida política, y eso que la competencia en materia de imprecisión inspiradora era, en su medio, extraordinariamente alta.

La figura desapareció. Los sapos dejaron de cantar. La luna continuó su curso con la indiferencia de los astros ante los asuntos humanos. Y Andrés de la Chontalpa se quedó solo en el borde del pantano, con la guayabera marcada, la misión revelada, y esa mezcla particular de euforia y vértigo que experimenta cualquier persona a quien el universo acaba de encomendar una tarea de proporciones desmesuradas sin proporcionar los detalles logísticos correspondientes.

Caminó el resto del camino a casa en silencio, que era en él la señal más inequívoca de que algo extraordinario había ocurrido. Al llegar, su esposa, mujer de carácter sereno y ojo clínico, le preguntó qué le había pasado en la guayabera. Andrés, que todavía no había encontrado las palabras adecuadas para narrar lo ocurrido, respondió que se había tropezado cerca del pantano.

—Con los sapos, supongo —dijo ella, con esa entonación que puede significar muchas cosas y que en este caso, según el cronista, significaba que no era la primera vez que su marido regresaba de los pantanos con explicaciones insatisfactorias.

Durmió esa noche con la guayabera doblada sobre la silla, como reliquia provisional de una fe que todavía no había encontrado su nombre. Y soñó, según la tradición devota, con multitudes. Siempre con multitudes. Multitudes

que lo escuchaban, que asentían, que lo seguían hacia un horizonte que en el sueño siempre estaba cerca y en la vigilia siempre resultaba estar un poco más lejos de lo previsto.

El cronista, que ha aprendido a respetar los sueños ajenos sin necesariamente creerlos, registra este detalle y sigue adelante.

Lo que vino después requiere capítulo aparte.

CAPÍTULO II

La aparición en los pantanos

Los pantanos de la Chontalpa. Una madrugada húmeda y profética

El cronista debe advertir, antes de narrar los hechos que siguen, que los testimonios sobre la aparición son numerosos, entusiastas y extraordinariamente contradictorios en sus detalles, lo cual es, como cualquier estudioso de las revelaciones místicas sabe, la prueba más confiable de su autenticidad. Los milagros bien documentados despiertan sospechas. Los que nadie puede narrar dos veces de la misma manera tienen la textura inconfundible de lo verdadero.

Lo que todas las versiones coinciden en señalar es esto: era una noche de octubre, el calor era el de siempre, y Andrés de la Chontalpa regresaba solo por el camino de terracería que bordea los pantanos al poniente de Macuspana, después de un mitin en el que había prometido, según sus propias notas recuperadas por el cronista con esfuerzo considerable, la construcción de un puente, la pavimentación de tres calles, la solución definitiva al problema del agua potable, la erradicación de la pobreza en el municipio y, en un momento de particular inspiración hacia el final del discurso, la transformación completa de la vida pública nacional. Era un programa ambicioso para una noche de semana, pero Andrés de la Chontalpa había aprendido que la ambición de las promesas es inversamente proporcional al costo político de incumplirlas, siempre que entre la promesa y el incumplimiento medie el tiempo suficiente para que el auditorio haya olvidado los detalles.

Caminaba, pues, por ese sendero que los lugareños conocen y los foráneos evitan, bordeado de vegetación densa y de ese silencio pantanoso que no es silencio en realidad sino una superposición de sonidos animales: el canto de los grillos sobre el croar de las ranas sobre el chapoteo ocasional de algo que es mejor no identificar. La luna iluminaba el camino con esa luz plateada que en las novelas románticas inspira amor y en los pantanos tabasqueños inspira principalmente el deseo de llegar a casa cuanto antes.

Fue entonces cuando los sapos cantaron.

No es que los sapos no cantaran habitualmente: los sapos de la Chontalpa son criaturas de hábitos vocales consistentes y no necesitan ocasiones especiales para ejercerlos. Pero esta vez el canto fue diferente. Más coordinado. Más insistente. Con esa cadencia rítmica que distingue el ruido de la música y la

música de la revelación. Andrés de la Chontalpa se detuvo. Y en ese instante de quietud apareció el Santo de la Transformación.

La figura que se presentó ante él en el borde del pantano era luminosa sin ser cegadora, solemne sin ser amenazante, y emanaba ese tipo de autoridad que no requiere credenciales porque las credenciales son, para las entidades superiores, un trámite burocrático del que ya tuvieron suficiente en vida. Olía, según la descripción más citada entre los devotos, a una mezcla inconfundible de petróleo crudo, tierra mojada y algo que varios testimonios independientes identifican como atole de guayaba, aunque el cronista sospecha que este último elemento fue añadido por los devotos del sur del estado, donde el atole de guayaba tiene connotaciones casi tan sagradas como la aparición misma.

Habló con el acento del sureste, que tiene esa musicalidad ondulante de los ríos amplios.

—Andrés —dijo el Santo, con la familiaridad de quien lleva mucho tiempo observando a alguien antes de presentarse—, el pueblo bueno lleva quinientos años esperando. Ya es tiempo.

Andrés de la Chontalpa, que era hombre práctico además de visionario, respondió con la pregunta que cualquier político experimentado habría formulado en su lugar:

—¿Esperando qué, exactamente?

El Santo sonrió con la sonrisa de quien conoce la respuesta pero sabe que la respuesta es menos importante que la pregunta.

—Esperando a alguien que les diga que ya basta.

Andrés consideró esto en silencio durante tres segundos, que era todo el silencio que su naturaleza le permitía.

—¿Y yo soy ese alguien?

—¿Conoces a otro? —respondió el Santo, con la lógica irrefutable de las entidades que han trascendido la modestia.

Andrés miró el pantano. Miró al Santo. Miró sus propias manos, que no tenían nada particular pero que en ese momento, bajo la luna tabasqueña, adquirían la solemnidad de las manos que están a punto de recibir una misión.

—¿Y cómo sabrá el pueblo que soy yo? —preguntó—. Porque hay otros que también dicen que ellos son.

—Los otros —respondió el Santo— no tienen lo que tú vas a tener.

—¿Qué voy a tener?

El Santo no respondió con palabras. Extendió lo que en otro ser habría sido una mano y del pantano surgieron, con la dignidad solemne de quienes cumplen una función cósmica desde hace siglos sin que nadie les agradezca suficientemente, tres sapos de tamaño considerable. Se posaron sobre la guayabera de Andrés con la precisión de quien conoce el lugar que le corresponde, y al desprenderse dejaron en la tela blanca una imagen que los devotos describen como perfecta y los escépticos describen como lo que

producen inevitablemente tres sapos sobre una tela blanca en una noche húmeda.

—Esto —dijo el Santo— es tu tilma. El que la vea y no la reconozca, que se busque otro redentor.

Andrés examinó la guayabera con la atención del que evalúa una herramienta antes de confirmar que la acepta.

—¿Y el pueblo va a entender lo de los sapos?

—El pueblo entiende los sapos mejor que cualquier otra cosa —dijo el Santo—. Los sapos son del pueblo. Los fifís tienen cisnes.

Este argumento, el cronista lo reconoce, era sólido en términos de mercadotecnia política. Andrés asintió con la convicción del que ha recibido no solo una misión sino también el posicionamiento correcto para comunicarla.

—Una pregunta más —dijo.

El Santo esperó con la paciencia infinita de las entidades que no tienen agenda.

—¿Habrá financiamiento?

La figura luminosa consideró la pregunta con una pausa que el cronista interpreta como el equivalente sobrenatural de una ceja levantada.

—El pueblo es tu financiamiento —respondió finalmente.

—Sí, pero el pueblo no tiene dinero. Por eso necesita que lo redima alguien. Es un círculo.

—Todos los grandes proyectos son círculos al principio —dijo el Santo, con la serenidad de las respuestas que suenan profundas a las tres de la madrugada y menos profundas a la luz del día—. Lo importante es que el círculo gire en la dirección correcta.

Andrés guardó silencio, evaluando si esto respondía su pregunta. Llegó a la conclusión de que no la respondía pero que era lo que había, que es también la conclusión a la que llega la mayor parte del pueblo bueno ante la mayor parte de los discursos transformadores.

—¿Y cuándo? —preguntó—. ¿Cuándo llego?

—Cuando el pueblo esté listo.

—¿Y cuándo estará listo el pueblo?

El Santo comenzaba ya a disolverse en la luz con la elegancia de las apariciones que saben cuándo ha llegado el momento de retirarse.

—Cuando esté suficientemente cansado de lo que tiene —dijo, ya casi invisible—. La paciencia del pueblo es grande pero no infinita. Espera el momento correcto y llegarás.

—¿Y si tardo mucho y el pueblo se cansa también de esperar?

Pero el Santo había desaparecido, con la discreción de los que responden las preguntas cómodas y se evaporan antes de las difíciles, habilidad que Andrés, el cronista lo anota sin comentario adicional, perfeccionaría también con los años.

La noche volvió a ser solo noche. Los sapos retomaron su canto habitual, ajenos a su propio protagonismo en los hechos que el cronista narra. Y Andrés de la Chontalpa se quedó solo en el borde del pantano con la guayabera marcada, la misión revelada, y más preguntas sin responder de las que había traído, lo cual es, en política, el estado óptimo para comenzar una campaña.

Caminó el resto del camino a casa en silencio, que era en él la señal más inequívoca de que algo extraordinario había ocurrido. Al llegar, su esposa, mujer de carácter sereno y ojo clínico que llevaba años leyendo a su marido con la precisión del que conoce el texto de memoria, lo miró desde la puerta.

—¿Qué te pasó en la guayabera?

Andrés miró la prenda. Miró a su esposa. Evaluó en una fracción de segundo cuánto de lo ocurrido era narrable en ese momento y llegó a la conclusión que llegan todos los hombres que han tenido una experiencia que su esposa encontrará difícil de procesar antes de dormir.

—Me caí —dijo—. Cerca del pantano.

Su esposa examinó la guayabera con la atención del que sabe que la explicación que acaba de recibir no cubre todos los hechos disponibles.

—¿Te caíste encima de unos sapos?

—Más o menos.

—¿Más o menos te caíste, o más o menos encima de los sapos?

—Las dos —dijo Andrés, que en los momentos de presión doméstica recurría a la ambigüedad con la misma naturalidad con que recurriría después a ella en las conferencias de prensa.

Su esposa lo miró un momento más, con esa expresión que no es exactamente incredulidad sino la prima hermana de la incredulidad, la que se produce cuando la explicación es insuficiente pero el cansancio del día hace que investigar más no valga la energía que costaría.

—Mañana la lavo —dijo finalmente—. A ver si sale.

—No la laves —dijo Andrés, con una urgencia que su esposa encontró desproporcionada para el tema de la ropa.

—¿Por qué?

—Porque... tiene valor sentimental.

Su esposa lo miró por última vez con la expresión que reservaba para las afirmaciones que decidía no seguir cuestionando por el bien de la convivencia doméstica.

—Bueno —dijo—. Como quieras. Pero huele a pantano.

—Todo lo importante huele a pantano —respondió Andrés, con la solemnidad involuntaria del que acaba de enunciar sin querer el lema de su movimiento.

Su esposa apagó la luz del pasillo y se fue a dormir. Andrés se quedó en la oscuridad con la guayabera entre las manos, escuchando a lo lejos el canto de los sapos que seguían, imperturbables, sin saber que acababan de cambiar la historia de México.

O al menos, eso creía él.

Los sapos, como siempre, no opinaban.

CAPÍTULO IV

Las tres derrotas gloriosas

México entero. Años de peregrinación y de acusaciones de fraude

Hay una distinción fundamental, que los tratadistas políticos han descuidado con imperdonable negligencia, entre perder una elección y ser víctima de un fraude. La primera es una derrota. La segunda es un martirio. Y el mártir, como cualquier teólogo sabe, vale infinitamente más que el simple perdedor, porque el perdedor genera lástima y el mártir genera devoción, y la devoción, a diferencia de la lástima, es políticamente movilizable.

Andrés de la Chontalpa comprendió esta distinción con una claridad que el cronista no puede sino admirar, y la aplicó con una consistencia que a lo largo de tres procesos electorales se convirtió en doctrina, en liturgia y finalmente en la piedra angular de una fe que resistió lo que pocas fes resisten: el contacto prolongado con la realidad.

La primera derrota ocurrió cuando Andrés se presentó como candidato al gobierno de su estado natal. Las cifras oficiales lo decían con la frialdad de los números, que no tienen sentimientos ni consideran los contextos. Andrés, que sí tenía sentimientos y consideraba los contextos de manera selectiva pero apasionada, convocó a sus seguidores al día siguiente en la plaza principal de Macuspana.

—Nos robaron —dijo, con la serenidad del que anuncia una verdad que ya conocía de antemano.

—¿Cómo sabe, señor Andrés? —preguntó desde el fondo un señor de overol que había venido desde un ejido lejano y cuyo escepticismo era proporcional a la distancia recorrida.

—Lo sé porque conozco al pueblo y el pueblo me quiere.

—Pero las actas dicen otra cosa.

—Las actas las hicieron ellos.

—¿Quiénes son ellos?

Andrés lo miró con la paciencia del maestro ante el alumno que hace la pregunta más básica en el momento más básico.

—El sistema —dijo—. Los que siempre han tenido el poder y no quieren soltarlo. Los que le tienen miedo al cambio verdadero. Los conservadores.

El señor del overol procesó esto con la lentitud honesta de los que piensan antes de asentir.

—¿Y qué hacemos?

—No reconocemos el resultado.

—¿Y con eso qué ganamos?

—Ganamos dignidad —dijo Andrés—. Y la próxima vez, ganamos la elección.

El señor del overol miró a sus vecinos de plaza. Sus vecinos de plaza lo miraron a él. Nadie tenía una objeción mejor disponible, que es la condición mínima para que un argumento político funcione, y así fue como la primera derrota se convirtió en la primera victoria moral del movimiento transformador, categoría de victoria que no aparece en los libros de texto de ciencias políticas pero que en la práctica produce más lealtad que cualquier triunfo en las urnas.

La segunda candidatura llegó con más recursos, más organización y una narrativa del agravio perfectamente destilada por el fracaso anterior. Esta vez la Ciudad de México, donde Andrés se presentó a la jefatura de gobierno del Distrito Federal. Ganó. Esta victoria, que el cronista menciona brevemente porque las victorias intermedias tienen menos interés narrativo que las derrotas definitivas, le proporcionó la plataforma que necesitaba.

Gobernó la ciudad con el estilo que lo caracterizaba: visible, ruidoso, generador de la impresión permanente de que algo estaba ocurriendo. En una reunión de gabinete de los primeros meses, según testimonio de un funcionario que pidió anonimato y que el cronista le concedió porque la alternativa era no tener testimonio, Andrés expuso su filosofía de gobierno con una claridad que sus colaboradores encontraron iluminadora y que el cronista encuentra igualmente iluminadora aunque por razones distintas.

—¿Cuál es nuestra prioridad? —preguntó uno de los secretarios, hombre joven con maestría en políticas públicas y la inocencia del que cree que la pregunta tiene respuesta técnica.

—El pueblo —dijo Andrés.

—Sí, claro, pero ¿en términos de política pública específica, cuál es el tema que debemos atender primero? ¿Seguridad, movilidad, servicios?

—El pueblo —repitió Andrés, con el mismo tono, como si la segunda vez la respuesta fuera más específica que la primera.

El secretario miró su libreta. Miró al resto del gabinete. El resto del gabinete miraba sus libretas con la concentración de los que han aprendido que en ciertos momentos es mejor aparentar que se toma nota que confesar que no se entendió.

—¿Podría desarrollar un poco más?

—Mira —dijo Andrés, recostándose en su silla con la comodidad del que está a punto de explicar algo que considera evidente—. Llevamos décadas de gobiernos tecnocráticos que hacen estudios, contratan consultoras, producen diagnósticos de doscientas páginas y al final no resuelven nada. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque se olvidaron del pueblo. Nosotros no nos vamos a olvidar del pueblo. Todo lo que hagamos va a ser para el pueblo, con el pueblo y por el pueblo. ¿Está claro?

—Clarísimo —dijo el secretario, que había escrito en su libreta «pueblo x3» y debajo, con letra más pequeña, un signo de interrogación que el cronista imagina todavía sin resolver.

Cuando terminó su gestión capitalina, llegó la primera candidatura presidencial. Los sondeos eran favorables. El fervor de los devotos era genuino. Y la oposición no había encontrado aún el argumento eficaz para detenerlo.

Perdió.

La noche del día de la elección, en la sala de su casa donde los colaboradores más cercanos esperaban los resultados con la tensión de los que saben que las noticias no serán buenas, Andrés entró a las once de la noche con la guayabera de los sapos puesta, detalle que el cronista interpreta como señal de que ya había tomado su decisión antes de revisar las actas.

—Nos robaron —dijo, con la misma serenidad de la primera vez, como si la frase fuera una oración que se rezaba en las derrotas.

—Son dos millones de votos de diferencia —dijo uno de sus colaboradores, hombre de números que en ese momento habría preferido ser hombre de otra cosa.

—Dos millones de votos fabricados.

—Andrés, para fabricar dos millones de votos necesitarías una logística que...

—¿Estás diciendo que no hubo fraude?

El colaborador miró la habitación. La habitación lo miró a él. Había en ese momento una pregunta flotando en el aire que todos podían sentir y que nadie quería ser el primero en responder con honestidad, porque la honestidad en esos momentos tiene el costo específico de convertirte en el portador de malas noticias, y los portadores de malas noticias en los movimientos mesiánicos tienen una historia documentada de consecuencias desagradables.

—Estoy diciendo que habría que revisar las actas con calma —dijo el colaborador, eligiendo la salida diplomática con la habilidad del que lleva años practicándola.

—Las revisaremos —dijo Andrés—. En la calle. Con el pueblo.

Y así nació el plantón en el Paseo de la Reforma, que duró semanas y que el cronista reconstruye a partir de los testimonios de los que lo vivieron con el fervor de los elegidos y de los que lo sufrieron con la paciencia de los que tenían que pasar por ahí para llegar al trabajo.

Una comerciante de la Zona Rosa, que vendía artesanías en un local cuyas ventas cayeron un sesenta por ciento durante las semanas del plantón, le dijo al cronista con la economía expresiva de los que ya terminaron de estar enojados y han pasado al estado más tranquilo de la resignación:

—Yo entiendo que estaban molestos. Yo también me molesto cuando algo me sale mal. Pero yo no bloqueo la calle.

—¿Habló con alguno de los manifestantes?

—Sí. Con un señor muy amable que me explicó que estaban defendiendo la democracia.

—¿Y qué le respondió usted?

—Que muy bien, pero que me dejaran abrir la cortina.

—¿Y él?

—Me dijo que la democracia era más importante que mi cortina.

—¿Y tenía razón?

La comerciante lo consideró con la seriedad que merece una pregunta filosófica planteada en un contexto comercial.

—A lo mejor sí —dijo—. Pero la democracia no pagó mi renta ese mes.

El plantón no cambió el resultado electoral. Produjo, en cambio, algo más valioso para el movimiento: produjo mártires. Los que habían dormido en Reforma bajo la lluvia de octubre llevaban en adelante esa experiencia como credencial, y entre los devotos la credencial valía más que cualquier cargo o distinción que el movimiento pudiera otorgar.

La tercera candidatura presidencial llegó seis años después. Para entonces Andrés de la Chontalpa había perfeccionado el método con la minuciosidad del artesano que sabe que su obra maestra requiere todo lo aprendido en las piezas anteriores. Recorrió el país durante años con la regularidad del cartero que conoce cada calle de su ruta. Habló en plazas, en mercados, en ejidos, en gimnasios municipales con el techo de lámina que amplificaba el calor hasta hacer el aire masticable.

En uno de esos actos, en un municipio del sur cuyo nombre el cronista omite para no cansar al lector con geografía, un periodista local tuvo la ocurrencia de preguntarle algo que nadie le había preguntado con esa franqueza en mucho tiempo:

—Señor Andrés, usted lleva como veinte años diciéndole a la gente que va a cambiar México. ¿No le da pena seguir prometiendo lo mismo?

La sala contuvo el aliento con la unanimidad de los auditorios que presencian algo que puede salir muy bien o muy mal.

Andrés lo miró durante tres segundos completos, que en política es una eternidad y en ese salón se sintió como tres horas.

—¿Pena? —dijo finalmente—. ¿Pena me da a mí? Pena le debería dar a los que llevan veinte años gobernando mal. A mí me da orgullo. Orgullo de no haberme rendido. Orgullo de seguir aquí, con el pueblo, cuando los comodones ya se fueron a sus casas.

El auditorio tronó en aplausos. El periodista guardó su micrófono con la expresión del que ha recibido una respuesta que no responde su pregunta pero que ha funcionado mejor que cualquier respuesta que sí la respondiera.

—Bonita contestación —le dijo su camarógrafo al oído.

—No contestó nada —respondió el periodista.

—Ya sé. Pero qué bonita.

Perdió de nuevo, por un margen que sus seguidores describieron como imposible y que los árbitros electorales describieron como el resultado del conteo de los votos. Esta vez no hubo plantón. Hubo algo más sofisticado: hubo un partido propio, una estructura paralela, y seis años más de mañanas y mercados y plazas y la guayabera, ya en su tercera versión porque las otras dos habían sucumbido al uso, aunque los devotos juraban que la santidad se transfería de una a otra como la llama de una vela a la siguiente.

El Santo de la Transformación, que según los testimonios aparecía esporádicamente en los sueños de Andrés durante esa época, le transmitió en esas visiones un mensaje de una sencillez consoladora.

—¿Cuándo llega mi momento? —preguntaba Andrés en el sueño, con la impaciencia de los que llevan mucho tiempo esperando y ya no tienen la certeza de los primeros años sino la obstinación de los que no saben hacer otra cosa.

—Cuando el pueblo esté suficientemente cansado —respondía el Santo, siempre con la misma respuesta, que como todas las respuestas verdaderas no cambia con la repetición sino que se profundiza.

—Ya me lo dijiste antes.

—Y lo seguiré diciendo hasta que sea verdad.

—¿Y cuándo será verdad?

—Cuando dejes de preguntármelo —dijo el Santo— y empieces a saberlo.

Andrés se despertaba de esos sueños con la guayabera húmeda, que su esposa atribuía al calor de Tabasco y él atribuía a la proximidad de lo sobrenatural, diferencia de interpretación que en su matrimonio había alcanzado ya el estatuto de las discusiones que no se tienen porque ambas partes conocen de antemano el argumento del otro y han llegado al acuerdo tácito de que hay cosas más importantes en las que gastar energía.

Faltaba un intento más. El cuarto. El definitivo.

El pueblo bueno, que llevaba quinientos años esperando y a esas alturas llevaba también veinte años esperando específicamente a Andrés, estaba listo.

O al menos, estaba cansado de esperar.

Que en política, como el cronista ha aprendido, viene a ser exactamente lo mismo.

CAPÍTULO V

El evangelio de las mañaneras

Palacio Nacional. El amanecer de la palabra infinita

El primero de diciembre del año en que el pueblo bueno decidió que ya era suficiente esperar, Andrés de la Chontalpa tomó posesión del cargo que el Santo de la Transformación le había prometido en los pantanos y que tres derrotas sucesivas habían convertido de promesa en leyenda y de leyenda en destino. El ceremonial fue solemne y protocolar. Hubo banda de guerra, hubo discurso, hubo la faja presidencial que en México funciona como el anillo en las bodas: señal visible de un compromiso que todos esperan que sea para siempre y que la historia demuestra que raramente lo es.

Lo primero que hizo, antes de revisar los expedientes urgentes o convocar al gabinete o leer los informes de inteligencia que describen el estado real del país que acaba de heredar, fue fijar la hora de la conferencia de prensa matutina.

Las seis de la mañana.

Su jefe de comunicación, hombre de cuarenta años con ojeras de cincuenta y la palidez específica del que trabaja en política desde los veinte, recibió la instrucción con la expresión del que acaba de escuchar algo que esperaba no escuchar.

—¿Las seis? —dijo.

—Las seis.

—¿De la mañana?

—¿Hay otra?

El jefe de comunicación procesó esto en silencio durante el tiempo que le tomó aceptar que no había negociación disponible.

—¿Todos los días?

—Todos los días.

—¿Incluyendo lunes?

—Especialmente lunes —dijo Andrés—. El lunes es cuando el país más necesita dirección.

—¿Y sábados?

—El pueblo trabaja los sábados. Nosotros también.

—¿Y domingos?

Andrés lo miró con la paciencia del iluminado ante la resistencia del que todavía no lo es del todo.

—¿Tú crees que los problemas de México descansan los domingos?

El jefe de comunicación no respondió. Escribió en su agenda «6am todos los días» con la resignación del que escribe su propia sentencia y regresó a su oficina a calcular cuánto café necesitaría para los siguientes seis años, cantidad que resultó ser, según sus propias estimaciones posteriores, considerablemente mayor de lo que cualquier proveedor razonable podría garantizar.

La mañanera, como fue bautizada con ese diminutivo afectuoso que los mexicanos aplican a todo lo que dura suficiente para merecer un apodo, se convirtió desde el primer día en el ritual central de la nueva administración. No era exactamente una conferencia de prensa, aunque hubiera periodistas. No era exactamente un discurso, aunque hubiera atril. No era exactamente una clase de historia, aunque hubiera mapas, pizarrones y señalamientos pedagógicos con vara de madera sobre superficies diversas. Era algo nuevo en la taxonomía de los actos de gobierno: una misa laica de duración variable, celebrada al amanecer, con homilía obligatoria y asistencia voluntaria pero políticamente recomendable.

Los periodistas que cubrían la mañanera desarrollaron con el tiempo una cultura profesional específica, diferente a la de cualquier otra fuente que el cronista haya documentado. Se dividían en dos categorías que entre ellos llamaban, con la crueldad cariñosa del gremio, los preguntones y los de adorno.

Los de adorno llegaban con preguntas preparadas que no eran exactamente preguntas sino oportunidades para que el presidente elaborara sobre temas en los que ya había elaborado extensamente, del tipo: «Presidente, ¿podría explicarnos una vez más por qué su gobierno es diferente a todos los anteriores?» o «¿Cómo describiría usted el impacto de la transformación en la vida cotidiana del pueblo bueno?» Estas preguntas recibían respuestas de veinte minutos y palmaditas metafóricas en la espalda.

Los preguntones llegaban con datos, con contradicciones, con las cifras que no coincidían con las cifras oficiales, con los casos específicos que desmontaban las narrativas generales. Una de ellas, periodista de investigación cuyo nombre el cronista omite por respeto a su salud presente, recuerda con la claridad de los traumas bien procesados una mañanera de los primeros meses.

—Presidente —dijo, con la voz de los que han dormido poco y han decidido que ya no les importa—, los datos del INEGI muestran que la pobreza aumentó en el último trimestre. ¿Cómo lo explica?

Andrés la miró con la expresión que reservaba para las preguntas que llegaban de medios que él consideraba parte del conservadurismo organizado.

—¿De qué medio eres?

Ella dijo el nombre del medio.

—Ah —dijo Andrés, con una entonación que comprimía en una sola sílaba todo un argumento sobre la línea editorial, los dueños, sus intereses y su relación histórica con los poderes fácticos—. Miren —continuó, dirigiéndose al resto de la sala como si la periodista hubiera dejado de existir en términos conversacionales—, hay medios que tienen una agenda. No es un secreto. Todo mundo lo sabe. Preguntan sobre pobreza porque quieren que el pueblo piense que no estamos trabajando. Pero los datos reales, los datos que nosotros manejamos, muestran otra cosa.

—¿Cuáles datos? —preguntó ella, desde su condición de persona que acababa de dejar de existir pero seguía teniendo micrófono.

—Los datos del pueblo —dijo Andrés—. Que son los que importan.

—¿Puede citarlos?

—Los va a ver en el informe de gobierno.

—¿Cuándo sale el informe?

—A su tiempo.

La periodista escribió en su libreta «a su tiempo» y debajo «datos del pueblo» y debajo un tercer apunte que el cronista no pudo leer desde donde estaba pero que imagina expresivo.

Los mapas eran el otro elemento central de la liturgia mañanera, y merecen atención específica porque la relación de Andrés de la Chontalpa con la cartografía era, el cronista no encuentra otro término, creativa. Los mapas aparecían con frecuencia y propósitos variados, manejados con la vara de señalar que en sus manos adquiría la autoridad del bastón episcopal.

En una mañanera memorable, Andrés desplegó un mapa del país en el que ciertas regiones estaban coloreadas de rojo.

—Estas —dijo, señalando las zonas rojas con la vara— son las áreas donde el conservadurismo todavía resiste.

Un periodista nuevo, que llevaba dos semanas cubriendo la fuente y todavía no había calibrado el termómetro de lo cuestionable, levantó la mano.

—¿Qué criterio se usó para colorear esas zonas de rojo?

—El criterio de la realidad —dijo Andrés.

—¿Podría especificar qué indicadores...?

—Los indicadores del conservadurismo son conocidos —dijo Andrés, con la paciencia levemente deteriorada del que ha explicado esto muchas veces y no entiende por qué sigue siendo necesario—. Medios que atacan al gobierno. Empresarios que no quieren pagar impuestos. Ciudadanos que votan contra

sus propios intereses porque los tienen confundidos. Todo eso está en el mapa.

El periodista nuevo miró el mapa. Miró su libreta. Miró al periodista veterano que tenía a su lado, buscando orientación.

El periodista veterano le escribió en un papel: «No preguntes más sobre el mapa.»

El periodista nuevo asintió y no preguntó más sobre el mapa, incorporándose así a la larga tradición de los que aprenden en la mañanera que hay preguntas que se pueden hacer y preguntas que se pueden pensar, y que la sabiduría consiste en saber cuáles son cuáles.

Los devotos que seguían la mañanera desde sus casas, en cambio, la recibían con una fe que el cronista documenta con respeto genuino porque era, en su mayor parte, genuina. En un grupo de Whatsapp que el cronista infiltró mediante el método de hacerse pasar por simpatizante, práctica periodística que no recomienda pero que en este caso considera justificada por los resultados, los comentarios durante las mañaneras seguían un patrón consistente.

Cuando Andrés presentaba un dato favorable: «¡Así se habla! ¡El pueblo lo sabe!»

Cuando un periodista hacía una pregunta incómoda: «¡Agente del conservadurismo! ¡Vendido!»

Cuando Andrés no respondía directamente la pregunta: «¡Brillante respuesta! ¡Los puso en su lugar!»

Y cuando la mañanera se extendía más allá de las dos horas, que era frecuente: «¡Qué presidente tan trabajador! ¡A las seis de la mañana ya explicándole al pueblo!»

El cronista leyó estos comentarios con la atención que merecen los documentos primarios y llegó a la conclusión de que la mañanera cumplía una función que ningún análisis político había identificado con precisión: era simultáneamente el noticiero, el sermón dominical, el programa de entretenimiento y el hogar digital de una comunidad que había encontrado en ese ritual matutino el sentido de pertenencia que otras épocas encontraban en la iglesia, el sindicato o el partido, instituciones todas ellas en decline acelerado.

La mañanera duró seis años con la puntualidad de los fenómenos naturales. Nunca faltó. Nunca se acortó voluntariamente. En una ocasión, cuando un temblor de magnitud considerable sacudió la Ciudad de México a las siete y cuarenta de la mañana, interrumpiendo la transmisión durante cuatro minutos, Andrés regresó al atril en cuanto el edificio dejó de moverse y continuó exactamente donde había quedado, detalle que sus devotos celebraron como prueba de su temple y que el cronista celebra como prueba de que hay personas para quienes el fin de un argumento es más urgente que un sismo de 6.2.

Al término del sexenio, el equipo de comunicación calculó que las mañaneras habían sumado aproximadamente mil ochocientas horas de transmisión en vivo.

—¿Y cuántas horas de contenido útil? —le preguntó el cronista al jefe de comunicación, en una entrevista realizada cuando este ya había dejado el cargo y recuperado parcialmente el sueño.

El exfuncionario reflexionó con la honestidad de los que ya no tienen nada que perder.

—Depende de lo que entiendas por útil —dijo.

—Lo que produjera información verificable sobre acciones de gobierno.

Una pausa larga.

—Unas doscientas, quizás. Trescientas si eres generoso.

—¿Y el resto?

El exfuncionario se encogió de hombros con la filosofía del sobreviviente.

—El resto era el pueblo recibiendo dirección —dijo—. Que según el presidente era exactamente lo que el pueblo necesitaba.

—¿Y lo era?

Lo consideró un momento más.

—Algunos días sí —dijo—. Otros días el pueblo habría preferido dormir.

El cronista cerró su libreta y le agradeció la entrevista. El exfuncionario se quedó mirando su taza de café, que era la sexta del día aunque eran las once de la mañana, hábito adquirido durante seis años de madrugadas que el retiro del cargo no había logrado extinguir del todo.

Los sapos de la Chontalpa cantan de noche y callan de día.

Andrés de la Chontalpa hablaba de día y de noche y al amanecer y nunca callaba del todo porque siempre había algo más que decir.

En esto, como en otras cosas, el elegido y sus símbolos resultaron ser criaturas de naturalezas opuestas.

CAPÍTULO VI

Los milagros del bienestar

Todo el territorio nacional. Años de prodigios administrativos

Todo régimen que se precie de transformador necesita sus milagros. No los milagros modestos y verificables de la buena administración —el hospital que funciona, la carretera que no tiene baches, el trámite que se resuelve sin mordida— porque esos milagros, siendo reales, son también aburridos, y lo aburrido no genera devoción. Los milagros que una transformación necesita son los otros: los grandes, los visibles, los que se inauguran con banda de guerra y discurso presidencial y cobertura televisiva en vivo.

Andrés de la Chontalpa lo entendió desde el principio, y procedió a producir milagros con una generosidad apostólica.

El primero fue el Banco del Bienestar. En la reunión donde se presentó el proyecto, el subsecretario de Hacienda encargado de la viabilidad financiera llegó con una carpeta de cuarenta páginas y la expresión del que trae malas noticias pero las ha empaquetado con cuidado para que el golpe sea menor.

—El proyecto es noble —comenzó, que es como los funcionarios inician las frases cuando lo que sigue no lo es tanto—. El diagnóstico sobre la exclusión financiera es correcto. Sin embargo, hay algunos aspectos operativos que conviene revisar antes de...

—¿Cuántas sucursales? —interrumpió Andrés.

—En la propuesta inicial, dos mil trescientas. Pero si revisamos la capacidad instalada del sistema...

—Necesitamos siete mil.

El subsecretario miró su carpeta. Miró a sus colaboradores. Sus colaboradores miraron sus zapatos.

—Señor presidente, siete mil sucursales sin la infraestructura tecnológica correspondiente sería como construir siete mil edificios sin electricidad.

—Entonces pongan electricidad.

—El problema no es la electricidad literal, es la plataforma digital, los cajeros, el sistema de interoperabilidad bancaria, que requiere...

—¿Cuánto tiempo?

—Construido correctamente, entre tres y cuatro años.

—Tenemos seis años de gobierno —dijo Andrés—. Inauguramos las sucursales el primer año y para el segundo ya tienen todo lo demás.

El subsecretario abrió la boca, la cerró, y escribió en su carpeta algo que el cronista imagina como una combinación de números y signos de exclamación. Las sucursales se construyeron. Siete mil sucursales inauguradas con banda de guerra y discurso presidencial y fotografías distribuidas con la eficiencia de los logros que necesitan ser vistos para existir. Lo que tardó más en llegar fue todo lo demás.

En una sucursal del Banco del Bienestar en un municipio de Oaxaca, el cronista encontró a doña Enriqueta, señora de sesenta y dos años que llevaba tres horas sentada en la única silla disponible de la sala de espera, esperando retirar su pensión.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —le preguntó el cronista.

—Desde las siete —dijo ella—. Y vine ayer también y no había sistema.

—¿Y hoy hay sistema?

Doña Enriqueta miró al empleado detrás del mostrador, joven de veinte años con uniforme nuevo y la expresión del que ha explicado lo mismo veinticinco veces en la mañana y tiene energía para veinte más, como máximo.

—Ahorita está cargando —dijo el empleado, sin que nadie se lo hubiera preguntado directamente, con la anticipación del que sabe que la pregunta viene de todas formas.

—¿Cuánto tarda en cargar? —preguntó el cronista.

—Depende.

—¿De qué depende?

—De la señal.

—¿Y la señal?

—Ahorita está floja.

Doña Enriqueta escuchó este intercambio con la paciencia de los que han tenido que desarrollar paciencia porque la alternativa es peor.

—Oiga —le dijo al cronista, bajando la voz con la discreción de la que no quiere ser identificada como quejosa—, esto antes tampoco era fácil. Antes había que ir al banco del pueblo y también había fila. Pero al menos el sistema no se caía.

—¿Usted apoyó la transformación?

—Sí —dijo ella, sin dudar—. Y la sigo apoyando. Pero le digo una cosa: el bienestar tarda mucho en llegar y la señal tarda mucho en cargar. A ver si para cuando lleguen los dos yo todavía estoy aquí para verlo.

El sistema cargó cuarenta minutos después. Doña Enriqueta retiró su pensión, agradeció al empleado con una cortesía que el cronista encontró desproporcionada con las circunstancias y se fue caminando hacia la plaza, con el paso lento de los que han aprendido que el destino llega aunque uno no se apresure.

La aerolínea fue el segundo milagro, y el cronista le tiene un afecto especial porque reúne en proporciones perfectas todos los elementos de la tragedia clásica. En la reunión de lanzamiento, el director designado, hombre de industria aérea con treinta años de experiencia y la mirada del que ya ha visto esto antes aunque nunca exactamente así, presentó el plan de negocios con la cautela del cirujano que explica una operación de alto riesgo.

—El mercado de aviación de bajo costo en México tiene saturación en las rutas principales —explicó—. Nuestra ventaja competitiva tendría que ser las rutas marginales, las que las aerolíneas privadas no atienden porque no son rentables.

—Exacto —dijo Andrés—. Esas son las que necesita el pueblo.

—El problema es que no son rentables precisamente porque el volumen de pasajeros no cubre los costos operativos. Para que funcionen necesitaríamos subsidio permanente de entre...

—¿Cuánto?

El director citó una cifra.

—No hay problema —dijo Andrés.

—Señor presidente, esa cifra es anual. Y es conservadora. Si los costos de combustible...

—El pueblo necesita volar —dijo Andrés, con la simplicidad de los que han resuelto el problema en el nivel de los principios y consideran que los detalles son responsabilidad de otros—. Encuentren la manera.

El director encontró la manera durante aproximadamente dos años, que fue lo que la aerolínea voló con algo parecido a la regularidad. Voló. El cronista lo reitera porque es un hecho que merece reconocimiento: voló. No siempre a donde decía que iba a volar, ni siempre cuando decía que iba a volar, pero los aviones despegaron y aterrizaron y algunas personas llegaron a lugares a los que de otra manera no habrían llegado, lo cual es, en la contabilidad amplia de los proyectos transformadores, un éxito parcial.

En el aeropuerto de una ciudad del sureste, el cronista encontró a don Heriberto, ganadero de sesenta años que había comprado un boleto de la aerolínea del bienestar porque era considerablemente más barato que las alternativas.

—¿Cómo le fue? —le preguntó el cronista, que lo encontró en la sala de espera dos horas después de la hora programada de salida.

—Bien, bien —dijo don Heriberto, con el optimismo del que ha decidido no dejarse afectar—. Nomás que se retrasó.

—¿Cuánto?

—Pues ya van dos horas. Pero dicen que ya viene el avión.

—¿De dónde viene?

—No me dijeron.

—¿Le explicaron por qué el retraso?

—Me dijeron que era por causas operativas.

—¿Qué significa eso?

Don Heriberto se encogió de hombros con la filosofía del que ha aprendido a no exigir especificidad donde no la hay.

—Que el avión no estaba —dijo—. Así que tuvieron que conseguir uno.

—¿Y eso es normal en una aerolínea?

—En esta sí —dijo don Heriberto, y el cronista no pudo determinar si lo decía con resignación o con el afecto particular que los mexicanos desarrollan por las cosas que funcionan mal pero con carácter.

Los respiradores del bienestar llegaron durante la pandemia, y el cronista los narra con la brevedad que la decencia exige cuando el tema son personas que necesitaban respirar y no pudieron. En una reunión de emergencia del sector salud, el subsecretario médico expuso el problema con la urgencia de las situaciones que no admiten eufemismos.

—Los respiradores que llegaron del proveedor no cumplen las especificaciones técnicas. Varios no funcionan. Los que funcionan tienen problemas de interfaz con los protocolos hospitalarios. Necesitamos una solución inmediata.

—¿Cuántos funcionan? —preguntó el secretario.

—Aproximadamente el cuarenta por ciento.

—¿Y el sesenta?

—El sesenta está siendo evaluado.

—¿Por quién?

—Por los técnicos del proveedor, que llegaron esta mañana desde... —consultó sus notas— desde un país que prefiero no mencionar en este momento.

—¿Por qué prefiere no mencionarlo?

El subsecretario miró la sala con la expresión del que ha llegado al límite de lo que puede decir en una reunión grabada.

—Porque cuando se sepa va a haber preguntas sobre el proceso de adquisición que van a ser difíciles de responder.

Hubo un silencio. El tipo de silencio que ocurre cuando todos en la sala saben exactamente de qué se está hablando y nadie quiere ser el primero en decirlo con todas sus letras.

—¿Qué hacemos con los pacientes que necesitan respirador ahora? —preguntó alguien desde el fondo.

—Eso —dijo el subsecretario— es lo que estamos tratando de resolver.

La vacuna Patria tuvo su propia reunión memorable, reconstruida por el cronista a partir de un testimonio que prefiere mantener en el anonimato por razones que quien lea este párrafo comprenderá sin dificultad. Cuando el equipo científico presentó el cronograma de ensayos clínicos requeridos para demostrar seguridad y eficacia, el funcionario político a cargo del proyecto miró el calendario con la expresión del que ve una fecha de entrega y decide que puede negociarse.

—¿Tres años para los ensayos? —dijo.

—Es el estándar internacional mínimo para una vacuna —respondió la investigadora principal, mujer de curriculum impresionante y paciencia en proceso acelerado de deterioro.

—¿No se pueden hacer en paralelo algunas fases?

—Algunas ya están en paralelo. Lo que no se puede comprimir es el tiempo mínimo de seguimiento para detectar efectos adversos tardíos. La biología no negocia calendarios.

—¿Y si encontramos voluntarios muy comprometidos con el proyecto?

La investigadora lo miró durante tres segundos completos.

—Los voluntarios comprometidos con el proyecto —dijo, con una pausa entre cada palabra que era en sí misma un argumento— siguen siendo seres humanos en cuyos cuerpos no podemos acelerar los procesos biológicos mediante entusiasmo político.

El funcionario escribió algo en su agenda. El cronista imagina que no era el cronograma de tres años.

Los autos, el gas y las farmacias del bienestar se narran juntos porque su historia es la misma historia contada tres veces con distintos protagonistas: el anuncio entusiasta, la inauguración fotogénica, la operación irregular, y el silencio gradual que sustituye a las noticias cuando las noticias dejan de ser convenientes.

En una farmacia del bienestar de la Ciudad de México, el cronista tuvo el siguiente intercambio con el encargado, joven de veintidós años con bata blanca y la expresión del que ha respondido esta pregunta tantas veces que ya tiene la respuesta lista antes de que terminen de formularla.

—¿Tienen metformina? —preguntó el cronista, citando el medicamento para diabetes más común en el cuadro básico.

—No hay.

—¿Cuándo llega?

—No sé.

—¿Tienen algo para diabetes?

—Ahorita no.

—¿Tienen algo para hipertensión?

El encargado recorrió el anaquel con la mirada.

—Tenemos una cosa para la tos —dijo.

—¿Solo eso?

—Y vitaminas.

—¿Cuándo reponen?

—Nos dijeron que esta semana.

—¿Qué día de esta semana?

—Esta semana —repitió el encargado, con la precisión que el tema admitía.

El cronista miró el anaquel. El anaquel lo miró de vuelta con la elocuencia de los espacios vacíos, que dicen más que muchos discursos presidenciales aunque no tengan atril ni vara de señalar ni mapas con zonas de colores.

Afuera de la farmacia, una señora de edad indeterminada pero avanzada esperaba sentada en la banqueta con una receta en la mano.

—¿Está esperando que abran? —le preguntó el cronista.

—Ya está abierto —dijo ella—. Estoy esperando que lleguen los medicamentos.

—¿Cuánto lleva esperando?

—Hoy, cuarenta minutos. La semana pasada, dos horas. La semana anterior no vine porque ya sabía que no había.

—¿Y antes de las farmacias del bienestar, dónde compraba sus medicamentos?

—En la farmacia de la esquina —dijo, señalando con la cabeza hacia un establecimiento privado visible desde donde estaban.

—¿Por qué no va ahí?

—Porque aquí son gratis —dijo ella, con la lógica irrefutable de los que han hecho el cálculo correcto—. Cuando hay.

El cronista anotó «cuando hay» y lo subrayó dos veces, porque en esas dos palabras estaba contenida la historia completa de los milagros del bienestar: la promesa era real, la intención era genuina, y la ejecución era «cuando hay», que es la distancia más corta y más larga que existe entre lo que se anuncia y lo que se encuentra.

La palabra bienestar, que al inicio del sexenio irradiaba la calidez de las promesas genuinas, terminó adquiriendo ese brillo particular de los términos que han sido usados en exceso: seguían brillando, pero ya no calentaban.

Los sapos del pantano, que no prometen nada y por lo tanto nunca decepcionan, observaban todo esto desde su distancia anfibia con la indiferencia de los que llevan en el planeta suficiente tiempo para saber que los milagros humanos tienen una vida útil considerablemente más corta que la de los pantanos.

Y seguían cantando. Porque eso es lo que hacen los sapos.

Con o sin bienestar.

CAPÍTULO VII

El abrazo sagrado y la doctrina de la paz armada

Culiacán, Badiraguato y otros santuarios de la fe popular

Toda teología seria tiene su paradoja central, ese punto donde la lógica ordinaria se dobla y el creyente debe elegir entre la fe y la evidencia. El cristianismo tiene la resurrección. El budismo tiene el nirvana. La transformación tuvo los abrazos.

La doctrina de seguridad que Andrés de la Chontalpa reveló en los primeros días de su gobierno tenía la sencillez de los principios que parecen evidentes hasta que se intenta aplicarlos. En la reunión donde fue presentada al gabinete de seguridad, el secretario correspondiente, general de división con treinta años de servicio y la mirada del que ha visto suficiente para no sorprenderse de nada aunque esta vez se estaba sorprendiendo bastante, escuchó la exposición con la atención del que toma notas para tener evidencia posterior de lo que escuchó.

—La estrategia —explicó el subsecretario civil designado para presentarla, hombre de academia con doctorado en criminología y la palidez del que lleva semanas sin dormir bien— se basa en tres ejes. Primero, atención a las causas estructurales de la violencia mediante programas sociales. Segundo, no confrontación directa con las organizaciones criminales mientras se construyen las condiciones para una paz sostenible. Tercero, abrazos, no balazos.

El general miró al subsecretario. Miró al secretario. Miró sus propias manos, que descansaban sobre la mesa con la quietud de las manos que están procesando información que el cerebro todavía no ha terminado de clasificar.

—¿Abrazos —repitió, con la entonación del que repite una palabra para confirmar que la escuchó correctamente— no balazos?

—Es una síntesis comunicativa de la estrategia —explicó el subsecretario—. La idea central es que la confrontación armada produce más violencia que la que resuelve.

—Eso es correcto —dijo el general—. La confrontación mal diseñada produce más violencia. La confrontación bien diseñada produce menos. ¿Cuál es el plan para cuando los grupos criminales interpreten la no confrontación como autorización para expandirse?

—Se espera que los programas sociales reduzcan el reclutamiento y por lo tanto la capacidad operativa de los grupos a mediano plazo.

—¿A qué plazo exactamente?

—A mediano plazo.

—¿Cuántos años es mediano plazo?

El subsecretario consultó sus notas.

—Entre tres y seis años, dependiendo de la intensidad de la implementación.

—¿Y en esos tres a seis años, qué hacemos cuando un grupo criminal toma un municipio?

—Se busca el diálogo con actores locales para construir condiciones de paz.

El general escribió algo en su libreta. El cronista, que estaba presente en calidad de observador autorizado por circunstancias que prefiere no detallar, no pudo leer lo que escribió, pero el movimiento de su mano sugería que era breve y expresivo.

—Una pregunta más —dijo el general—. ¿Esta estrategia fue consultada con algún país que la haya implementado exitosamente?

—Es una estrategia innovadora —dijo el subsecretario.

—Entiendo que es innovadora. Pregunto si hay precedente de éxito.

—Hay precedentes de estrategias similares en contextos distintos que...

—¿Exitosos?

Una pausa.

—Con resultados mixtos.

El general cerró su libreta, que el cronista interpreta como la señal universal del militar que ha decidido que el debate teórico ha llegado a su límite natural y lo que sigue es ver qué pasa, que es también la definición técnica de un experimento.

Lo que pasó fue documentado con generosidad por los hechos subsecuentes. Los cárteles, organizaciones con visión estratégica que sus ejecutivos no necesitan haber cursado en universidades de élite para desarrollar, recibieron la nueva doctrina con la atención que merece cualquier cambio en las reglas del entorno competitivo. Un analista de seguridad que el cronista entrevistó, hombre que había dedicado veinte años a estudiar el crimen organizado mexicano y tenía sobre el tema una cantidad de opiniones inversamente proporcional a su deseo de publicarlas con su nombre, lo resumió con la economía de los que han pensado mucho en algo y ya no necesitan muchas palabras para decirlo.

—¿Qué hicieron los cárteles cuando vieron la nueva estrategia? —le preguntó el cronista.

—Lo que haría cualquier empresa cuando su competidor principal anuncia que se retira del mercado —dijo el analista—. Expandirse.

—¿Tan simple?

—La violencia tiene su propia lógica de mercado. Donde el Estado retrocede, alguien ocupa el espacio. Siempre. Sin excepción. No porque los criminales sean particularmente inteligentes, sino porque el vacío de poder es insostenible por naturaleza.

—¿Y los programas sociales no compensaron el retroceso?

El analista consideró la pregunta con la seriedad que merecía.

—Los programas sociales son buenos para la gente que los recibe —dijo—. No son buenos para detener a una organización criminal que ya opera, ya tiene estructura, ya tiene territorios y ya tiene más dinero que cualquier programa social. Son soluciones para problemas distintos presentadas como solución para el mismo problema.

—¿Se lo dijeron al gobierno?

—Se lo dijimos. Varios. Con datos, con estudios, con comparaciones internacionales.

—¿Y?

—Nos dijeron que teníamos visión neoliberal del problema.

El cronista anotó esto y siguió adelante hacia el episodio de Culiacán, que merece su propia sección porque es, en su opinión, el momento en que la doctrina del abrazo mostró su naturaleza más completa.

La noche en que el ejército capturó al hijo del personaje más buscado del continente, el secretario de seguridad llamó al presidente a las once de la noche con la euforia contenida del que trae buenas noticias que sabe que son

buenas pero que tiene el presentimiento de que en una hora puede no estar tan seguro.

—Lo tenemos —dijo.

—¿Quién? —preguntó Andrés, que estaba revisando los resultados de la mañana del día siguiente.

—El objetivo prioritario. Está detenido. Operación limpia, sin bajas.

—Bien —dijo Andrés.

Cuarenta minutos después el secretario volvió a llamar. El tono había cambiado con la velocidad que solo cambian los tonos cuando la situación en el terreno cambia más rápido que la capacidad de procesarla.

—Hay un problema —dijo.

—¿Cuál?

—Culiacán.

—¿Qué pasa en Culiacán?

—Está tomada.

Hubo una pausa.

—¿Tomada cómo?

—Tomada. Vehículos blindados, armamento pesado, retenes en las principales arterias. Están pidiendo la liberación del detenido. Si no lo soltamos en dos horas amenazan con... —el secretario dudó— con lo que ya se imagina.

Otra pausa, más larga.

—¿Cuántos civiles hay en riesgo?

—No podemos cuantificarlo. Es una ciudad de un millón de personas.

—¿Podemos rescatar al detenido por la fuerza?

—Técnicamente sí. El costo en vidas civiles sería...

—No quiero cifras. ¿Es mucho?

—Sería mucho.

Andrés guardó silencio durante lo que el secretario describió después, en la entrevista que concedió al cronista cuando ya había dejado el cargo y estaba escribiendo sus memorias, como «los treinta segundos más largos de mi vida profesional».

—Suéltelo —dijo Andrés finalmente.

—Señor presidente...

—Suéltelo. No voy a poner en riesgo vidas de ciudadanos inocentes por una detención.

—Si lo soltamos, el mensaje que mandamos es...

—El mensaje que mandamos —dijo Andrés, con la firmeza de los que han tomado una decisión y no están abiertos a revisar los argumentos en contra— es que este gobierno protege la vida. Suéltelo.

Lo soltaron. La mañana del día siguiente fue, según todos los que la cubrieron, una de las más tensas de los seis años. La sala estaba llena con la plenitud específica de los días en que algo importante ocurrió y todos quieren estar presentes cuando se explique.

—Presidente —dijo una periodista, con la voz de los que han dormido poco y han decidido que ya no les importa—, ¿puede explicar la decisión de liberar al detenido?

—Con mucho gusto —dijo Andrés, con una calma que el cronista interpreta como la calma de los que han pasado la noche preparando la respuesta—. Se tomó la decisión de proteger la vida de los ciudadanos de Culiacán. No íbamos a arriesgar vidas inocentes por una detención. Eso no es lo que hace este gobierno.

—¿No es eso exactamente lo que hace un gobierno, detener a criminales aunque haya riesgo?

—Eso es lo que hacían los gobiernos anteriores —dijo Andrés—. Y miren cómo nos fue. Cien mil muertos en el sexenio de Calderón. Nosotros elegimos la vida.

—¿Y la impunidad?

—¿Qué impunidad? El Estado tomó una decisión soberana basada en criterios humanitarios.

—¿No es eso la definición de impunidad, que quien comete un delito no enfrenta consecuencias?

Andrés miró a la periodista con la expresión que reservaba para las preguntas que llegaban muy cerca del núcleo del argumento.

—Eso —dijo— es una visión muy conservadora de la justicia.

La periodista escribió algo en su libreta. Sus colegas escribieron algo en sus libretas. Y el cronista, que también tenía libreta, escribió: «visión conservadora de la justicia», y debajo, entre paréntesis: «definición anterior: que quien comete un delito enfrenta consecuencias».

En el grupo de WhatsApp de los devotos, los comentarios esa mañana fueron más divididos que de costumbre. Algunos celebraban la decisión humanitaria con el fervor habitual. Otros guardaban silencio, que en los grupos de WhatsApp transformadores era la forma más segura de expresar una duda sin exponerse a ser llamado conservador.

Uno solo escribió, con la brevedad de los que han pensado mucho y han llegado a pocas palabras: «¿Y entonces para qué tenemos ejército?»

Nadie respondió ese mensaje. Tuvo tres vistas y ninguna reacción, que es la forma digital del silencio que ocurre cuando una pregunta es demasiado correcta para responderla y demasiado incómoda para ignorarla.

Los muertos del sexenio llegaron a casi doscientos mil. El cronista los menciona aquí, en este capítulo, porque es aquí donde corresponden. No hubo una masacre gubernamental que los generara. Hubo una retirada

gubernamental que los permitió. La distinción es técnicamente relevante y moralmente insuficiente, y el cronista la registra con la incomodidad que produce escribir frases que son verdaderas y que uno desearía que no lo fueran.

Un comandante de la Guardia Nacional destinado en un estado del noreste, hombre de veinte años de carrera que había servido bajo cuatro secretarios de seguridad con cuatro doctrinas distintas, le dijo al cronista en una conversación que pidió que no fuera grabada:

—Yo juré proteger al pueblo mexicano. Todos los días me levanto y me pongo el uniforme y salgo a la calle y hago lo que puedo. Pero hay días que llego a mi casa y pienso: ¿qué hice hoy? ¿A quién protegí? Y la respuesta no siempre es la que quisiera.

—¿Qué quisiera que fuera?

—Quisiera poder decir que hice mi trabajo. Que apliqué la ley. Que los que hacen daño enfrentan consecuencias. Eso quisiera.

—¿Y no puede decirlo?

El comandante miró su taza de café durante un momento.

—Puedo decirlo —dijo—. Pero no siempre es verdad.

El cronista cerró su libreta y le agradeció la conversación. El comandante se quedó con su café, en esa cantina de carretera donde se habían reunido, mirando por la ventana el paisaje plano del noreste que a esa hora del atardecer tenía el color específico de las cosas que no van a mejorar pronto aunque tampoco van a empeorar de golpe.

Los sapos de la Chontalpa, criaturas pacíficas que resuelven sus conflictos mediante el canto, habrían aprobado la doctrina del abrazo en su formulación original.

Lo que habrían pensado de Culiacán, el cronista prefiere no especularlo.

Aunque sospecha que esa noche cantaron más fuerte que de costumbre, como cantan siempre cuando se acerca la lluvia y el aire huele a lo que está por venir.

CAPÍTULO VIII

La destrucción del templo y la construcción del nuevo

Las instituciones de la república. Años de santa demolición

Existe una paradoja que los arquitectos conocen y los políticos redescubren en cada generación: construir es lento y destruir es rápido. Un edificio que tardó décadas en levantarse puede desaparecer en horas con el equipo adecuado. Las instituciones obedecen la misma ley, con el agravante de que su destrucción raramente produce el estruendo dramático de la dinamita, sino el silencio gradual de lo que se vacía por dentro mientras la fachada permanece intacta.

Andrés de la Chontalpa llegó al poder con una lista de instituciones que necesitaban transformarse, que era el eufemismo oficial para lo que el cronista prefiere llamar por su nombre: una lista de instituciones que necesitaban obedecer. Y procedió con método, con paciencia, y con una cronología que conviene no olvidar.

El primer blanco fue el Instituto Nacional Electoral. En una mañana de los primeros meses, Andrés desplegó uno de sus mapas cartográficos del conservadurismo y señaló con la vara las instalaciones del INE con la precisión del cirujano que identifica el órgano que va a extirpar.

—Este instituto —dijo— le cuesta al pueblo mexicano once mil millones de pesos al año.

—¿No es ese el costo de organizar las elecciones nacionales? —preguntó un periodista desde la segunda fila.

—Es el costo de mantener una burocracia dorada al servicio de los intereses del conservadurismo.

—¿Puede especificar qué intereses conservadores?

—Los intereses de los que no quieren que el pueblo decida.

—Pero el INE es precisamente la institución que organiza las elecciones mediante las cuales el pueblo decide...

—Organiza las elecciones que favorecen a los que siempre han tenido el poder —dijo Andrés, con la fluidez del que ha construido este argumento durante años y ya no distingue los puntos donde la lógica da un salto al vacío—. Nosotros vamos a democratizar al árbitro.

—¿Cómo se democratiza un árbitro?

—Eligiéndolo. Que el pueblo elija a sus árbitros electorales como elige a sus gobernantes.

El periodista abrió la boca y la cerró. Había en esa respuesta algo que su formación periodística le indicaba que debía cuestionar, pero la longitud del cuestionamiento necesario superaba el tiempo disponible en una mañana, que era exactamente el efecto que el argumento estaba diseñado para producir.

El consejero presidente del INE de ese momento, hombre de trayectoria larga en el derecho electoral y la costumbre adquirida de no dormir bien en los períodos preelectorales, recibió la noticia de la reforma con la expresión del que ha visto venir el golpe desde hace tiempo y aun así duele cuando llega.

—¿Qué significa para la institución? —le preguntó el cronista.

—Significa que los árbitros de las elecciones van a ser elegidos en una elección —dijo—. Piénselo un momento.

El cronista lo pensó.

—¿Quién organiza esa elección?

—Esa es exactamente la pregunta correcta.

—¿Y la respuesta?

—La respuesta es que quien organice la elección de los árbitros tendrá árbitros favorables. Y quien tenga árbitros favorables tendrá elecciones favorables. Y quien tenga elecciones favorables tendrá el poder indefinidamente. Es un sistema perfectamente diseñado si tu objetivo es quedarte en el poder. Es un desastre perfectamente diseñado si tu objetivo es la democracia.

—¿Se lo dijo así al presidente?

—Se lo dijimos en términos más diplomáticos. El resultado fue el mismo.

—¿Cuál fue el resultado?

—Que nos llamaron conservadores y siguieron adelante.

La militarización avanzó en paralelo, con la discreción de los procesos que se normalizan gradualmente. En una sesión del Congreso donde se debatía la entrega de las aduanas a control militar, una legisladora de oposición intentó introducir en el debate una pregunta que el cronista considera fundamental y que el debate nunca respondió satisfactoriamente.

—¿Puede algún representante del gobierno explicar el marco constitucional que permite entregar funciones civiles de recaudación fiscal a las Fuerzas Armadas?

El legislador oficialista designado para responder, hombre de expresión serena y argumentos circulares, tomó el micrófono con la calma del que sabe que el resultado de la votación ya está decidido independientemente de lo que diga.

—Las Fuerzas Armadas mexicanas son una institución al servicio del pueblo —dijo.

—Eso no responde mi pregunta sobre el marco constitucional.

—El marco constitucional permite que el presidente disponga de las Fuerzas Armadas para cumplir las funciones que el Estado requiera.

—Eso es una interpretación muy amplia del artículo...

—Es la interpretación del pueblo —dijo el legislador.

—El pueblo no interpreta artículos constitucionales, para eso existe el poder judicial.

—El poder judicial también tiene sus problemas —dijo el legislador, con una sonrisa que el cronista describe como anticipatoria, porque la reforma judicial llegaría tres años después con la puntualidad de las cosas que estaban planeadas desde el principio.

La legisladora de oposición guardó el micrófono con el gesto de los que han aprendido que hay debates que no se ganan en la tribuna sino en las urnas, y que las urnas a veces tampoco alcanzan.

Los organismos autónomos cayeron uno a uno con una regularidad que habría sido admirable en otro contexto. El comisionado del INAI, organismo

encargado de garantizar el acceso a la información pública, recibió la noticia de su eliminación en una reunión donde los argumentos presentados para justificarla lo dejaron con esa sensación específica que produce escuchar algo que es falso pero que está construido con materiales verdaderos.

—El argumento oficial —le explicó el funcionario designado para comunicarle la decisión— es que la transparencia no necesita institución propia cuando el gobierno es genuinamente honesto.

—¿Y eso no es exactamente el argumento que usaría un gobierno que no quiere que nadie revise su honestidad? —preguntó el comisionado.

El funcionario lo miró con la incomodidad del mensajero que está de acuerdo con el destinatario pero no puede decirlo.

—El presidente considera que la institución es redundante.

—La institución es redundante solo si el gobierno proporciona información sin que nadie se la pida. ¿Lo hace?

—El presidente hace mañaneras todos los días.

—Las mañaneras son el gobierno diciéndole al pueblo lo que el gobierno quiere que el pueblo sepa. El INAI es el mecanismo para que el pueblo le pregunte al gobierno lo que el pueblo quiere saber. Son cosas distintas.

—Ya lo sé —dijo el funcionario, bajando la voz con el automatismo de los que dicen cosas que no deberían decir en espacios donde las paredes podrían escuchar—. Pero la decisión ya está tomada.

El comisionado recogió sus cosas con la dignidad del que sale por su propio pie cuando le están pidiendo que salga. En la puerta se detuvo.

—¿Sabe qué es lo irónico? —dijo.

—¿Qué?

—Que ahora que desaparecemos, si alguien quiere saber por qué desaparecimos, no va a tener a quién pedirle la información.

El funcionario no respondió. El comisionado salió. La puerta se cerró con el sonido específico de las puertas que se cierran detrás de las instituciones que se van.

El sistema de salud tuvo su propia secuencia de conversaciones que el cronista documenta con la economía de los que saben que el tema es grave y que la gravedad no mejora con la extensión. En un hospital de tercer nivel de la Ciudad de México, el jefe de oncología pediátrica recibió la notificación de que los medicamentos para quimioterapia no llegarían ese mes por problemas en la cadena de suministro del nuevo sistema.

Llamó a la subsecretaría. Le respondió una grabación.

Llamó al área de abasto. Le dijeron que estaban en proceso de consolidación.

Llamó al número de emergencias del sistema. Le respondió alguien que tomó nota y le dijo que escalaría el caso.

Llamó por cuarta vez, al despacho del secretario, y habló con un asistente que le explicó que el secretario estaba en una reunión sobre la transformación del sistema de salud.

—¿Puede decirle —preguntó el médico, con la voz de los que han agotado la paciencia pero no la educación— que tengo quince niños que necesitan quimioterapia esta semana y no tengo medicamentos?

—Tomo nota —dijo el asistente.

—¿Y?

—Y lo escalo.

—¿A quién?

—Al área correspondiente.

—¿Cuál área?

—La que corresponda según el protocolo.

El médico colgó. Miró su lista de pacientes. Miró el calendario. Y tomó la decisión que toman todos los médicos cuando el sistema falla y la alternativa es no hacer nada: llamar a los padres, explicarles la situación, y buscar con ellos los medicamentos por otros medios, que en el México de la transformación significaba frecuentemente comprarlos en el mercado privado a precios que las familias del pueblo bueno no siempre podían pagar.

El cronista lo entrevistó tres meses después, cuando la situación se había resuelto parcialmente mediante una mezcla de gestiones informales, donaciones de organizaciones civiles y la persistencia del médico que no aceptó que «en proceso de consolidación» fuera una respuesta médicamente aceptable.

—¿Cómo está ahora el abasto? —le preguntó.

—Mejor que antes. Peor que lo prometido.

—¿Qué prometieron?

—Que estaríamos mejor que Dinamarca.

—¿Y?

—Estamos mejor que antes del antes —dijo el médico—. Que no es lo mismo que Dinamarca, pero es lo que hay.

La reforma judicial llegó en el otoño de 2024 con la velocidad de las cosas que han sido preparadas durante años y ejecutadas en semanas. La sesión en el Senado donde fue aprobada comenzó a las once de la noche y terminó a las cuatro de la madrugada, horario que sus promotores describieron como reflejo de la urgencia histórica del momento y que el cronista describe como el horario que eligen las cosas que no mejoran con la luz del día.

Un senador de oposición que había permanecido en la tribuna durante cuatro horas consecutivas intentando introducir enmiendas que modificaran los aspectos más drásticos de la reforma, terminó su última intervención con una

frase que el cronista recoge porque tiene la tristeza concisa de los epitafios bien escritos.

—Estamos destruyendo en una noche lo que tardamos treinta años en construir —dijo—. Y lo estamos haciendo de madrugada, que es cuando se hacen las cosas que no queremos que la gente vea.

La mayoría votó. La reforma fue aprobada. Los ministros de la Suprema Corte que se opusieron presentaron sus renunciaciones al amanecer, con la dignidad de los que saben que quedarse habría sido peor que irse pero que irse tampoco cambia lo que acaba de ocurrir.

Uno de ellos, al salir del edificio con una caja con sus pertenencias, respondió a la pregunta de un reportero con la brevedad del que ha dicho todo lo que tenía que decir adentro y ya no tiene energía para más.

—¿Qué siente? —le preguntó el reportero.

El ministro miró el edificio. Miró el amanecer que comenzaba a dibujarse sobre la Ciudad de México con esa luz gris de los amaneceres que no traen noticias particularmente buenas.

—Siento —dijo— que hoy México amaneció diferente.

—¿Mejor o peor?

—Diferente —repitió—. Lo de mejor o peor lo va a decidir el tiempo. Yo ya no voy a estar aquí para decidirlo.

Se fue caminando hacia su automóvil con la caja bajo el brazo, mientras detrás de él el edificio de la Suprema Corte seguía ahí, con su fachada intacta y su interior ya siendo ocupado por las nuevas autoridades que el proceso diseñado por la transformación había producido.

Así se destruye un país que se quiere reconstruir según el plano del arquitecto que llegó con los sapos en la guayabera.

El problema de los arquitectos que derriban antes de construir es que a veces el nuevo edificio tarda más de lo previsto. A veces los materiales no llegan. A veces el presupuesto se agota en otras cosas.

Y mientras tanto, donde hubo instituciones hay escombros.

Y en los escombros, como en los pantanos, crecen las cosas que nadie sembró y que nadie sabe exactamente cómo detener.

CAPÍTULO IX

La sucesora y el segundo misterio

Palacio Nacional. El relevo de la fe

Todo fundador de religión enfrenta tarde o temprano el problema que ninguna revelación resuelve satisfactoriamente: qué pasa después. Después de él. Después de la visión original, del fervor fundacional, de esa energía particular que solo produce el primer contacto con la fe cuando la fe todavía no tiene historia ni burocracia ni disidentes internos que recuerdan cómo eran las cosas antes. La transformación lo resolvió mediante un proceso que sus

participantes llamaron democrático y que el cronista llama, con la precisión que le caracteriza, la corcholata.

La palabra corcholata, para el lector que no esté familiarizado con la cultura material de la infancia mexicana, designa la tapa metálica de las botellas de refresco, objeto circular, plano y sin mayor pretensión que la de sellar temporalmente algo efervescente. El cronista ignora quién tuvo la inspiración de aplicar este término a los aspirantes a la candidatura presidencial del movimiento transformador, pero reconoce que la elección léxica tenía una poesía involuntaria considerable: los aspirantes eran, en efecto, tapas temporales de algo que burbujeaba por debajo y que en algún momento saldría de todas formas.

En la reunión donde Andrés presentó a sus corcholatas ante el movimiento, el ambiente tenía esa tensión específica de las reuniones donde el resultado ya está decidido pero las formas exigen que nadie lo diga todavía. Los tres aspirantes principales estaban sentados en la primera fila con la compostura de los que han practicado la compostura porque saben que los están mirando.

—¿Cómo se va a decidir? —preguntó un militante de base desde el fondo, hombre de cuarenta años con playera del movimiento y la ingenuidad genuina de los que todavía creen que las preguntas directas reciben respuestas directas.

—Lo va a decidir el pueblo —dijo Andrés.

—¿Mediante qué mecanismo?

—Mediante encuesta.

—¿Quién hace la encuesta?

—Una empresa confiable.

—¿Confiable para quién?

Andrés lo miró con la paciencia levemente deteriorada del que recibe más preguntas de seguimiento de las que había calculado.

—Confiable para el movimiento —dijo.

—¿Y si el pueblo en la encuesta elige a uno y usted quería a otro?

Un silencio breve pero denso recorrió la sala con la velocidad de los silencios que todo el mundo nota y nadie menciona.

—El pueblo siempre elige bien —dijo Andrés, con la serenidad de los que tienen fe genuina en el pueblo siempre que el pueblo elija lo correcto.

El militante de base asintió y no hizo más preguntas, incorporándose así a la larga tradición de los que aprenden en el movimiento transformador que hay respuestas que cierran conversaciones y que reconocerlas a tiempo es una habilidad social valiosa.

Entre las corcholatas estaba ella. Había llegado a la política por la ciencia, camino inverso al habitual. Tenía doctorado, que en el contexto del movimiento era un credencial que requería administración cuidadosa: se

mencionaba cuando convenía para proyectar competencia técnica, y se minimizaba cuando convenía para no parecer parte de la élite intelectual que el movimiento combatía.

El cronista la entrevistó durante el período de competencia entre las corcholatas, en una conversación que ella concedió con la cautela de quien sabe que cada palabra en ese momento es una apuesta.

—¿Cómo describiría su relación con el presidente? —preguntó el cronista.

—De lealtad y aprendizaje —dijo ella, con la precisión del que ha pensado mucho en la formulación.

—¿En qué orden?

Ella lo miró con una expresión que el cronista no pudo clasificar con certeza entre la sorpresa y la valoración.

—¿Perdón?

—¿Primero la lealtad y después el aprendizaje, o primero el aprendizaje y después la lealtad?

Una pausa.

—Son simultáneos —dijo finalmente.

—¿Y si aprendiera algo que contradijera la lealtad?

—El aprendizaje genuino nunca contradice los valores fundamentales del movimiento.

El cronista anotó esto y continuó.

—Si llegara a la presidencia, ¿tomaría decisiones diferentes a las del presidente?

—Tomaría las decisiones que el momento requiera en continuidad con el proyecto transformador.

—¿Eso es un sí o un no?

—Es una respuesta completa —dijo ella, con una sonrisa que el cronista interpretó como el límite de lo que estaba disponible en esa conversación.

Ganó la candidatura con la contundencia que el movimiento necesitaba para presentar el resultado como mandato popular y no como designación, distinción importante en la teología transformadora aunque el cronista no pueda confirmar con certeza cuál de las dos fue. Ganó también las elecciones, con una amplitud que sus devotos celebraron como confirmación de la vigencia del proyecto.

Tomó posesión en octubre. Su discurso inaugural fue más breve que el de su antecesor, lo cual era inevitable dado que el récord de extensión establecido haría breve cualquier discurso que no fuera en sí mismo un sexenio. En la sala donde los colaboradores más cercanos veían la transmisión, un asesor veterano que había servido en tres administraciones distintas y tenía sobre los discursos inaugurales la perspectiva acumulada de quien los ha visto como promesa y como epitafio, comentó al oído de su vecino de silla:

—Habla diferente.

—¿Mejor o peor?

—Diferente. Más técnica. Menos mística.

—¿Eso es bueno?

El asesor consideró la pregunta.

—Depende de lo que necesite el país —dijo—. Si necesita administración, mejor. Si necesita fe, peor.

—¿Qué necesita el país?

—Las dos —dijo el asesor—. Y eso es lo más difícil.

Instituyó su propia conferencia mañanera con la regularidad que el ritual exigía. En las primeras semanas, los devotos del grupo de WhatsApp que el cronista seguía con la fidelidad del etnógrafo que ha encontrado su campo de estudio, comparaban con la nostalgia de los que sienten que algo ha cambiado aunque no puedan precisar exactamente qué.

«La mañanera de hoy estuvo bien pero le falta el sabor de antes», escribió uno.

«Extraño cuando él explicaba la historia», escribió otro.

«Ella sabe más pero él sentía más», escribió un tercero, frase que el cronista consideró el análisis más preciso de la transición que encontró en todo su trabajo de campo, y que su autor escribió sin saber que estaba haciendo análisis político.

«Shhhh, no sean traidores», escribió un cuarto, poniendo fin al debate con el instrumento que el movimiento había perfeccionado para poner fin a los debates incómodos.

Andrés de la Chontalpa, desde su retiro en Palenque, no se retiró del todo. Publicaba comunicados con la regularidad del que tiene cosas que decir y una plataforma que todavía lo escucha. En uno de esos comunicados, emitido cuando la sucesora había tomado una decisión que se apartaba levemente de la doctrina establecida, escribió que confiaba en el proyecto aunque había aspectos que merecían revisión, frase que en el código interno del movimiento significaba aproximadamente lo mismo que cuando un padre le dice a su hijo adulto que confía en su criterio pero que quizás debería pensarlo mejor.

La sucesora recibió el comunicado con la expresión que el cronista, que estaba presente en la sala cuando llegó la notificación, describe como la de alguien que encuentra exactamente lo que esperaba encontrar y que esperaba no encontrarlo.

—¿Qué respondemos? —preguntó su jefa de comunicación.

—Que agradecemos la perspectiva del presidente y que el proyecto transformador continúa fortalecido.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—¿No queremos aclarar que la decisión fue nuestra y que...?

—Eso es todo —repitió la sucesora, con la firmeza de los que han aprendido que hay batallas que se pelean y batallas que se administran, y que confundir unas con otras es el error más costoso de la política.

La jefa de comunicación redactó el comunicado. La sucesora lo revisó. Y el movimiento siguió adelante con la inercia de los proyectos que tienen más masa que dirección, lo cual no es necesariamente un defecto si la dirección que tenían antes tampoco era perfectamente clara.

Los feminicidios seguían. Los desaparecidos seguían. Los cárteles seguían expandiéndose. En una reunión del gabinete de seguridad de los primeros meses, la sucesora preguntó al secretario correspondiente con la franqueza de quien no tiene tiempo para los preámbulos:

—¿Qué funcionó de la estrategia anterior y qué no funcionó?

El secretario, hombre nuevo en el cargo pero no en el tema, respondió con la honestidad que la pregunta directa exigía y el contexto político complicaba.

—Lo que funcionó —dijo— fue la reducción de la confrontación directa en ciertos territorios donde la confrontación producía más violencia que la que prevenía. Lo que no funcionó fue la expansión territorial de los grupos criminales en los espacios que el Estado dejó de disputar.

—¿Cuántos municipios están bajo control criminal efectivo?

El secretario citó una cifra.

La sucesora la anotó. Miró el número durante un momento.

—¿Eso es más o menos que al inicio del sexenio anterior?

—Más —dijo el secretario.

—¿Cuánto más?

Otra cifra.

La sucesora asintió con el asentimiento de los que reciben información que confirma lo que ya sabían pero que ver escrito hace diferente.

—¿Qué proponemos? —preguntó.

—Eso —dijo el secretario, con la honestidad agotada del que ha llegado al límite de lo que los datos resuelven— es lo que estamos tratando de determinar.

El segundo misterio del título de este capítulo es este: nadie sabe, y el cronista incluido, si la sucesora gobierna o administra. Si toma decisiones propias o ejecuta las que el fundador diseñó antes de retirarse a Palenque a publicar comunicados. Si la transformación que conduce es la misma que la que le fue entregada o una versión modificada que solo conserva el nombre por conveniencia política.

En el grupo de WhatsApp de los devotos, después de seis meses de la nueva administración, alguien escribió una pregunta que el cronista encontró la más honesta del período:

«¿Esto sigue siendo la transformación o ya es otra cosa?»

Hubo veintitrés respuestas. Doce dijeron que sí, claro que seguía siendo la transformación. Ocho dijeron que era la profundización de la transformación, que es la transformación pero más. Dos dijeron que era la consolidación de la transformación, que es la transformación estacionaria. Y uno, el mismo que en el capítulo anterior había preguntado para qué tenemos ejército y había obtenido tres vistas y ninguna reacción, escribió simplemente:

«No sé. Pero tampoco sé si importa cómo se llama mientras funcione.»

Esta vez tuvo dieciséis reacciones. Once corazones, tres pulgares arriba, y dos emojis de sapo que alguien añadió sin explicación y que el cronista interpreta como la señal más esperanzadora que ha encontrado en todo su trabajo de campo: la posibilidad de que el símbolo sobreviva al movimiento, que los sapos sigan cantando cuando los discursos se hayan olvidado, y que en esa persistencia haya algo que ningún comunicado desde Palenque puede reclamar como propio.

Los sapos de la guayabera no opinan sobre sucesiones.

Son criaturas de revelación única: marcan una vez y su función está cumplida.

Lo que viene después es responsabilidad de los marcados.

Y los marcados, como el cronista ha documentado con paciencia a lo largo de estas páginas, tienen una relación con la responsabilidad que es, cuando menos, creativa.

CAPÍTULO X

La cattera de los apóstoles y sus obras

La república entera. El apostolado en acción

El movimiento transformador, como toda religión que se expande, necesitaba apóstoles. No uno ni dos: docenas, centenas, la cantidad suficiente para cubrir el territorio nacional con la densidad de una red que no dejara escapar ni un municipio, ni una colonia, ni un mercado, ni una asamblea ejidal donde alguien pudiera estar pensando en votar diferente. Los apóstoles fueron reclutados con criterios que el cronista, después de revisar los casos disponibles, resume en tres: lealtad al fundador, disponibilidad para repetir el mensaje sin modificaciones, y una relación suficientemente flexible con la verdad verificable para no incomodarse cuando los datos y el discurso oficial divergían, cosa que ocurría con una frecuencia que los estadísticos habrían encontrado significativa.

El gobernador de un estado del norte, hombre de complexión robusta y verbo fácil, explicó la doctrina de seguridad a un grupo de presidentes municipales de su entidad en una reunión que el cronista reconstruye a partir de

testimonios de tres asistentes que pidieron el anonimato y uno que no lo pidió porque ya no le importaba nada.

—El problema del pasado —dijo el gobernador, acomodándose en su silla con la autoridad del que ocupa el extremo de la mesa más alejado de la puerta— era que el gobierno peleaba contra el crimen. ¿Y qué pasaba?

—Muertos —respondió un presidente municipal de los más nuevos, que todavía creía que las preguntas retóricas esperaban respuesta.

—Exacto. Muertos. Y ahora, ¿qué hacemos?

—No peleamos —dijo otro, ya más experimentado en el género de la pregunta retórica gubernamental.

—No peleamos. Construimos paz. ¿Entienden la diferencia?

Los presidentes municipales asintieron con la unanimidad de los que entienden que asentir es la respuesta correcta independientemente del contenido de lo que se afirma. Uno de ellos, el de un municipio serrano que el cronista prefiere no identificar por consideración a su viuda, levantó la mano.

—¿Y si los que no quieren paz somos nosotros los que recibimos los balazos?

El gobernador lo miró con la paciencia del maestro ante el alumno que hace la pregunta inconveniente en el momento inconveniente.

—Eso —dijo— es una visión muy neoliberal del problema.

El presidente municipal guardó la mano y no volvió a levantarla en lo que quedó de reunión ni, según los testimonios disponibles, en ninguna otra ocasión posterior.

Los legisladores federales merecen capítulo propio que el cronista no puede concederles por razones de espacio, aunque los hechos que protagonizaron lo justificarían ampliamente. La reforma judicial, aprobada en la madrugada del día que el cronista recuerda como la noche en que México descubrió que sus representantes podían votar con los ojos cerrados, fue el episodio más ilustrativo de su apostolado.

Una legisladora del movimiento, entrevistada al salir del Senado a las tres de la mañana con la expresión satisfecha de quien ha cumplido con su deber, respondió a la pregunta de un reportero sobre el contenido específico del artículo 97 de la reforma que acababa de aprobar.

—Es una reforma histórica —dijo, con la convicción de los que han memorizado el adjetivo sin revisar el sustantivo.

—Sí, pero ¿qué dice el artículo 97?

—Dice lo que tiene que decir para transformar el poder judicial y ponerlo al servicio del pueblo.

—¿Puede citar algún párrafo específico?

La legisladora miró al reportero con la expresión que se reserva para las personas que hacen preguntas cuya respuesta podría resultar incómoda.

—Mira —dijo finalmente, con una candor que el cronista agradece porque es de las pocas cosas auténticas de este episodio—, yo voto lo que el presidente propone porque el presidente sabe lo que necesita el pueblo. Para eso lo elegimos. Nosotros somos su instrumento.

—¿El instrumento del pueblo o del presidente?

—Del pueblo —respondió ella, ya caminando hacia su automóvil—. Que es lo mismo.

El reportero quedó en la banqueta con su micrófono y su pregunta sin resolver, que es el estado natural del periodismo en épocas transformadoras.

Los voceros del movimiento eran, en opinión del cronista, los personajes más literariamente generosos de toda la fauna transformadora, porque su función les exigía explicar lo inexplicable con la serenidad del que ha decidido que la realidad es una materia negociable. El cronista recoge aquí una selección de sus intervenciones más memorables, transcritas con la fidelidad del que no necesita inventar nada porque la realidad supera con generosidad cualquier invención.

Sobre el Tren Maya y el tramo que descarriló a tres semanas de inaugurado:

—El tren no se descarriló —declaró el vocero con la precisión del cirujano que diferencia entre un diagnóstico y otro—. El tren experimentó una desviación no programada de su trayectoria nominal.

—¿Y los pasajeros?

—Los pasajeros experimentaron una interrupción temporal de su experiencia de viaje.

—¿Están bien?

—Están siendo atendidos con toda la calidez que caracteriza al gobierno de la transformación.

Sobre el incendio en las instalaciones de Dos Bocas:

—Lo que ocurrió —explicó otro vocero, este de mayor rango y menor conexión con los hechos— no fue un incendio interior. Fue una combustión perimetral originada por factores externos que están siendo investigados.

—¿Qué factores externos?

—Un vehículo en las inmediaciones.

—¿Qué vehículo?

—Eso forma parte de la investigación.

—¿Cuándo tendrán resultados?

—Cuando la investigación concluya.

—¿Y cuándo concluirá?

El vocero consultó sus notas, que el cronista imagina en blanco.

—Oportunamente —respondió, con la serenidad del que ha encontrado en el adverbio el refugio que la sustancia no le proporcionaba.

Sobre el derrame petrolero en aguas del Golfo:

—El derrame —comenzó el vocero asignado al tema, hombre de paciencia admirable y memoria selectiva— no es atribuible a instalaciones bajo responsabilidad federal.

—¿De quién es la responsabilidad entonces?

—Estamos identificando la embarcación de procedencia indeterminada que originó el incidente.

—¿Una embarcación?

—Una embarcación.

—¿En qué parte del Golfo?

—En la parte donde ocurrió el derrame.

—¿Pueden localizarla?

—Estamos en eso.

El reportero que hacía las preguntas, veterano de varios sexenios y acostumbrado a las respuestas que no responden, escribió en su libreta: «embarcación fantasma», cerró la libreta y se fue a comer, porque eran las dos de la tarde y algunas cosas no mejoran con más preguntas.

Los devotos de base, que son el cronista los considera los personajes más entrañables de esta historia porque su fe era genuina y su información era la que el movimiento les proporcionaba, desarrollaron durante el sexenio un vocabulario propio que el cronista documenta como contribución a la lingüística mexicana contemporánea.

«Está en proceso de consolidación» significaba que no funcionaba pero tampoco se admitía que no funcionaba.

«Es una visión neoliberal» significaba que la observación era correcta pero políticamente inconveniente.

«Los conservadores no quieren que funcione» significaba que no había explicación disponible pero había un culpable disponible, que es el sustituto más eficiente de la explicación.

«El pueblo lo entiende aunque tú no lo entiendas» significaba que la encuesta había salido mal pero las encuestas eran del conservadurismo.

Y «es un proceso» significaba todo lo anterior simultáneamente, con la versatilidad del comodín en los juegos de naipes: podía sustituir cualquier argumento en cualquier momento sin que el receptor pudiera objetar porque objetar un proceso es objetar el movimiento, y objetar el movimiento es, como el lector ya sabe a estas alturas, conservador.

El cronista asistió, en uno de sus trabajos de campo, a una reunión de devotos en una colonia popular de la Ciudad de México donde se discutía el estado de la transformación a tres años de iniciada. La reunión era en casa de una señora de nombre Refugio, que servía café y tamales con la hospitalidad de

los que creen que los problemas se resuelven mejor con el estómago lleno, creencia que el cronista comparte sin reservas.

—¿Y los hospitales? —preguntó una señora de mediana edad que tenía cara de haber esperado mucho tiempo en muchas salas de espera—. Porque yo fui la semana pasada y no había ni gasas.

—Eso es herencia del neoliberalismo —respondió con seguridad un joven de camiseta con la imagen del fundador—. El sistema de salud tardó décadas en destruirse. No se reconstruye en tres años.

—Llevan tres años diciéndonos eso —observó la señora.

—Porque llevan tres años reconstruyendo —respondió el joven, con la lógica circular del que ha encontrado en la tautología un sistema de defensa inexpugnable.

—Mi mamá necesita quimioterapia —dijo una mujer desde el fondo, con la voz de las que ya no tienen energía para el debate político pero sí para el dato concreto.

Hubo un silencio. El tipo de silencio que ocurre cuando la realidad entra sin avisar en una conversación sobre narrativa.

—Eso —dijo finalmente el joven, con menos seguridad que antes— está siendo atendido.

—¿Por quién?

—Por el gobierno.

—¿Cuándo?

—En el marco de la consolidación del sistema de salud transformador.

La mujer del fondo no respondió. Tomó su taza de café, la terminó en silencio, y se fue antes de que sirvieran los tamales, que el cronista considera la señal más elocuente de toda la reunión: hay un punto en que la espera supera la hospitalidad, y ese punto lo conocen mejor que nadie los que llevan esperando demasiado.

La señora Refugio recogió la taza vacía y miró al cronista, que había estado tomando notas en un rincón con la discreción del que sabe que los mejores testimonios se obtienen cuando los testigos olvidan que están siendo observados.

—¿Usted qué piensa? —le preguntó.

El cronista guardó su libreta.

—Pienso —respondió— que los sapos de la Chontalpa cantan muy bonito.

La señora Refugio lo miró un momento.

—Sí —dijo finalmente—. Pero de cantar no se vive.

Y sirvió los tamales, que estaban, el cronista lo consigna con la objetividad que su oficio le exige, excelentes.

EPÍLOGO

Lo que las ramas saben

México. El tiempo que viene

El cronista llega al final de su relato con la humildad del que ha contado mucho, pero sabe que ha omitido más. No por negligencia sino por la limitación que impone toda crónica honesta: la realidad siempre desborda el documento, los hechos siempre superan la página, y el país que se intenta retratar sigue moviéndose mientras el cronista escribe...tal vez con la indiferencia de los hombres que viven en los países que no esperan a que nadie los termine de describir para seguir siendo lo que son.

Lo que el cronista puede afirmar, con la certeza que le proporciona su trabajo de campo y la incertidumbre que le proporciona ser humano, es esto: México amaneció diferente el día que el ministro salió con su caja.

Y el día anterior también había amanecido diferente. Y el anterior. El país lleva años amaneciendo diferente, acumulando diferencias que individualmente parecen manejables y en conjunto producen un paisaje que los que lo habitaron hace veinte años reconocerían con dificultad.

Esto no es exclusivamente culpa de Andrés de la Chontalpa ni de su sucesora ni de la caterva de inútiles de sus apóstoles. Es también culpa de los que gobernaron antes y produjeron las condiciones que hicieron posible que alguien llegara prometiendo transformarlo todo y encontrara un pueblo suficientemente cansado para creerle.

Es culpa del sistema que la transformación prometió cambiar todo...y cumplió...solo que el cambio fue dismantelar todo. Porque en varios aspectos importantes el sistema ha sobrevivido bajo nuevos nombres y nuevos beneficiarios. Es culpa, en la proporción que corresponde y que el cronista no pretende calcular con precisión, de todos.

Pero el cronista no está aquí para distribuir culpas. Está aquí para terminar la historia, y la historia no ha terminado.

En los pantanos de la Chontalpa, la noche siguiente a que el cronista entregara el último capítulo de esta crónica, al manco que habría de imprimirla, ocurrió algo que varios testigos reportaron con la emoción de los que han presenciado algo, pero que no saben exactamente cómo clasificar.

Los sapos croaron diferente.

No con el grotesco sonido de todas las noches, ese canto vano, persistente y democrático que llena el aire húmedo de Tabasco sin pedir permiso ni ofrecer explicación. Esta vez el canto tenía una cadencia que los lugareños más viejos, los que todavía recuerdan las historias de sus abuelos sobre los tiempos en que los chontales escuchaban el pantano como otros escuchan las noticias, describieron como diferente.

—¿Diferente cómo? —les preguntó el cronista, que viajó a la región específicamente para documentar el fenómeno con el rigor que su oficio exige y el escepticismo que su experiencia recomienda.

—Como cuando anuncian algo —dijo doña Celestina, señora de ochenta y tres años que había nacido a doscientos metros del pantano y que tenía sobre los sapos una autoridad que ningún biólogo del UNAM habría podido disputarle con éxito—. Los sapos cantan diferente antes de la lluvia. Antes del cambio de estación. Antes de que algo importante ocurra.

—¿Y qué van a anunciar esta vez?

Doña Celestina lo miró con la expresión de los que han vivido suficiente para saber que ciertas preguntas no tienen respuesta disponible pero sí tienen respuesta pendiente.

—Eso no lo dicen ellos —dijo—. Eso lo decimos nosotros cuando ya pasó.

El cronista anotó esto y miró el pantano, que a esa hora de la tarde tenía el color específico del agua que lleva siglos en el mismo lugar y ha desarrollado una opinión sobre todo lo que ha visto pasar por sus orillas, opinión que no comparte con nadie pero que tiñe todo lo que refleja.

En algún lugar de ese pantano, o quizás en un pantano parecido algunos kilómetros al norte, había ocurrido hace años la aparición que esta crónica narra. El Santo de la Transformación había elegido a su mensajero, le había estampado los sapos en la guayabera, le había prometido la redención del pueblo bueno sin especificar los términos, y se había disuelto en la luz con la elegancia de las entidades que conocen el valor del misterio.

Lo que había pasado después, el lector ya lo conoce.

Lo que pasará después del después, nadie lo sabe todavía, y el cronista no pretende saberlo porque no es adivino...solo es cronista. Pero tiene algunas observaciones que ofrecer al lector con la modestia del que observa y la obstinación del que no puede dejar de hacerlo.

Primera observación: el pueblo bueno sigue siendo bueno. Ha sobrevivido quinientos años de historia que sus gobernantes describieron en cada época como el momento decisivo en que todo iba a cambiar de una vez por todas, y el pueblo ha seguido ahí, con la persistencia de los organismos que han aprendido a sobrevivir a sus redentores.

Doña Enriqueta sigue esperando en la silla del banco que tarde o temprano carga el sistema. Doña Celestina sigue escuchando a los sapos. El señor del sombrero, o alguien muy parecido al señor del sombrero, sigue deteniéndose en los mítines porque pasa por ahí y le da curiosidad el ruido. La señora Refugio sigue haciendo tamales, que están excelentes por cierto.

Segunda observación: las instituciones que se destruyen tardan mucho más en reconstruirse que en destruirse, y el tiempo que tarda la reconstrucción no es tiempo abstracto sino tiempo en que personas concretas esperan justicia que no llega, medicamentos que no aparecen, seguridad que el Estado prometió y no pudo, no quiso, o no le convino proporcionar.

El ministro que salió con su caja ya no va a volver. La comisionada del INAI ya no va a volver. El tiempo que tardaron en construir lo que construyeron tampoco va a volver. Esto, el cronista lo anota sin dramatismo, porque el

dramatismo no añade nada a los hechos, pero lo anota porque los hechos merecen ser anotados.

Tercera observación: los sapos siguen. Esto, el cronista lo considera la observación más importante de las tres, no por razones místicas sino por razones prácticas. Los sapos de la Chontalpa llevan en ese pantano mucho más tiempo que cualquier movimiento político que haya pretendido redimir a quienes viven cerca de ellos.

Han sobrevivido a la Colonia, a la Independencia, a la Reforma, a la Revolución, a todas las transformaciones numeradas y sin número que el país ha producido con la regularidad de los fenómenos naturales. Sobrevivirán también a esta. Y cuando el siguiente redentor llegue al borde del siguiente pantano con la siguiente misión revelada por la siguiente entidad luminosa, los sapos estarán ahí, cantando lo mismo que cantaban antes y lo que cantarán después, indiferentes a la guayabera, ajenos al mensaje, fieles únicamente a su propia naturaleza, que es la única fidelidad que el tiempo no desgasta.

El cronista recogió sus notas en el borde del pantano de la Chontalpa, con el sol bajando hacia el horizonte tabasqueño y los moscos comenzando su turno de la tarde, después de checar tarjeta, con la puntualidad que mantienen independientemente de qué gobierno esté en el poder. Doña Celestina lo observaba desde la orilla, con esa serenidad de los que han visto a muchos cronistas venir a documentar sus pantanos e irse convencidos de que entendieron algo.

—¿Ya terminó su libro? —le preguntó.

—Ya terminé esta parte —dijo el cronista.

—¿Y qué va a decir?

—Que los sapos siguen cantando.

Doña Celestina lo consideró durante un momento, que el cronista no puede precisar en segundos porque fue de esos momentos que se miden en otra unidad de tiempo.

—Eso —dijo finalmente— ya lo sabíamos nosotros.

—Lo sé —dijo el cronista—. Pero a veces las cosas que ya se saben necesitan que alguien las escriba para que los que no las saben las encuentren.

Doña Celestina asintió con el asentimiento de los que no están del todo convencidos pero reconocen que el argumento tiene algún mérito.

—Oiga —dijo, antes de que el cronista recogiera su última libreta—, ¿y lo del Santo de la Transformación? ¿Usted cree que fue verdad?

El cronista miró el pantano. Miró los sapos que comenzaban a aparecer en los bordes del agua con la discreción de los actores que esperan entre bastidores a que llegue su escena. Miró el cielo que se teñía del naranja específico de los atardeceres tabasqueños, ese naranja que no conoce la moderación.

—Creo —dijo— que algo ocurrió en este pantano hace muchos años que cambió la historia de México...y ojalá no hubiera ocurrido por cierto.

—¿Y fue el Santo?

—O fue un hombre convencido de que había visto al Santo —dijo el cronista—. Y no sé si la diferencia importa tanto como parece, porque en los dos casos el resultado fue el mismo.

Doña Celestina lo pensó.

—¿Y cuál fue el resultado?

—Que el pueblo bueno lleva quinientos años esperando —dijo el cronista— y todavía espera. Que los que llegan prometiendo el fin de la espera se van sin haberla terminado. Y que los sapos siguen cantando en el pantano como si nada, que es quizás la señal más honesta de todas: que el mundo sigue, con o sin transformación, con o sin redentor, con o sin guayabera.

Doña Celestina guardó silencio durante el tiempo que tardó el sol en terminar de ocultarse detrás del horizonte.

—Bueno —dijo finalmente, levantándose de su piedra con la agilidad contenida de los ochenta y tres años bien llevados—. Ya se hace tarde. Pase a cenar si quiere. Hay frijoles y agüita de matalí.

El cronista aceptó, porque los frijoles de la Chontalpa son, como cualquiera que los haya probado puede confirmar, una de las pocas certezas absolutas disponibles en este país incierto.

Y mientras cenaban, afuera, en el pantano que había visto pasar todo y no había dicho nada que no fuera en el idioma de los anfibios, los sapos croaban.

Igual que siempre.

Como cada mañana.

Porque cuando todo esto termine empezará lo siguiente...de la misma manera.

El Cronista Anónimo Lugar y fecha reservados, como siempre, por razones que el lector ya conoce... pero tomen en cuenta que:

«El pueblo pone... y el pueblo quita.

Recuérdenlo bien.»
